

Jaybar

La tregua con la Meca hizo posible concentrarse en los peligros que amenazaban por el norte. El mayor de éstos era la ciudad de Jaybar ocupada por judíos que en su mayor parte eran hostiles hacia el Islam. El hechicero Labid había sido sobornado casi con toda seguridad por ellos, aunque pudo haber sido la obra de un solo individuo. Pero existían razones mucho más evidentes y generales para tomar medidas contra los Bani Nadir exiliados y sus parientes jaybaries. No es que fuese probable que fueran a invadir Medina. Salvo uno o dos hombres, no habían tomado parte directamente en la campaña del Foso, pero eran ellos quienes en todo momento habían animado al Quraysh a atacar, y era su influencia la que había inducido a sus aliados de Gatafan a alinearse junto al Quraysh en aquella ocasión. También se debía en gran medida a ellos el que Gatafan aún se mantuviera virtualmente en guerra con el oasis. Medina nunca podría conocer una paz plena mientras Jaybar siguiera como estaba.

Desde hacía tiempo estaba claro que había que hacer algo, tarde o temprano, en aquella dirección, y ahora había llegado el momento, porque el Profeta estaba seguro de que la victoria cercana prometida en la reciente Revelación —una victoria que además sería rica en botín— no podía ser otra que la conquista de Jaybar. Sin embargo, no habría de ser compartida por todos los que profesaban el Islam. La Revelación dejaba claro que los beduinos que no habían respondido a sus llamadas para hacer la Peregrinación Menor se habían movido principalmente por motivos mercenarios. Puesto que en la Peregrinación no había esperanzas de botín, no merecía la pena esforzarse. Por lo tanto, no tenía que dejárseles tomar parte en la conquista de lo que era, sin duda, una de las comunidades más ricas de toda Arabia.

Esto significaba partir con una fuerza menor, aunque tenía la ventaja de que sus planes podían ser mantenidos en secreto hasta el último momento. Pero incluso cuando el proyecto se hizo conocido, pasó de boca en boca más como una broma que como un hecho. La fuerza inexpugnable de Jaybar era casi proverbial. El Quraysh y otros enemigos del Islam esperaban que la noticia fuese cierta, porque así Muhammad (saws) recibiría por fin una derrota contundente: pero se temían que no fuese cierta, porque sabían que no era un loco. En cuanto a los hombres de Jaybar, su confianza era tal que se negaban a creerlo. Ni siquiera se molestaron en pedir ayuda a sus aliados hasta que llegaron noticias fidedignas de Medina que decían que Muhammad (saws) estaba a punto de ponerse en marcha. Sólo entonces Kinanah, su jefe virtual, realizó una rápida visita a Gatafan, ofreciéndole la mitad de la cosecha de dátiles de aquel año si les enviaban refuerzos. Aceptaron hacerlo y prometieron una fuerza de cuatro mil hombres. Los judíos de Jaybar tenían la costumbre de ponerse sus armaduras todos los días y poner en fila a la totalidad de sus combatientes, diez mil en total. La ayuda de Gatafan aumentaría la cifra hasta catorce mil, y según las noticias de Medina el ejército invasor contaba con mil seiscientos hombres solamente.

Antes de que el Profeta partiese acudió a él un hombre de Aws, llamado Abu Abs, con un problema. Poseía un camello para montar, pero sus ropas estaban hechas andrajos, no tenía medios para procurarse provisiones que llevar durante la marcha, ni tampoco nada que dejar para el mantenimiento de su familia, y mucho menos para comprarse una nueva túnica. No era él el único que se encontraba en esta situación, aun siendo un caso extremo. Los gastos ocasionados por la Peregrinación habían sido excesivos, y todo lo que hasta entonces se había ganado mediante botín resultaba escaso frente al creciente número de conversos desheredados que llegaban a Medina de todas direcciones. El Profeta le dio a Abu Abs un fino manto, todo lo que en aquel

momento podía conseguir, pero durante la marcha, uno o dos días después, advirtió que llevaba puesto un manto mucho más pobre, y le preguntó: “¿Dónde está el manto que te di?” “Lo vendí por ocho dirhems”, dijo Abu Abs. “Luego compré dos dirhems de dátiles como provisión para mí, dejé dos dirhems para que mi familia viva de ellos, y con los otros cuatro compré un manto”. El Profeta se rió y dijo: “¡Padre de Abs! tú y tus compañeros sois verdaderamente pobres. ¡Pero por Aquél en cuyas manos está mi alma!, si os mantenéis incólumes y vivís siquiera un poco mas, tendréis abundancia de provisiones y dejaréis abundantemente para vuestras familias. ¡Tendréis cantidad de dirhems y de esclavos, y esto no será bueno para vosotros!” (Waqidi, 636).

En un punto de la marcha, entre dos lugares de acampada, el Profeta detuvo su ejército y llamó a un hombre de Aslam, conocido como Ibn al-Akwa, que poseía una hermosa voz. “Desmonta”, dijo, “y cántanos uno de tus cantos de camellero”. Los beduinos cantaban a sus camellos cuando iban de un sitio para otro. Cantaban poemas con viejas melodías, monótonas, obsesivas y lastimeras, y con las cadencias melancólicamente serenas de una de éstas, Ibn al-Akwa cantó entonces unas palabras que el Profeta les había enseñado mientras cavaban el foso:

*“Allah, si no es por Ti nunca habríamos sido guiados,
jamás habríamos dado limosna, ni hecho Tu plegaria”.*

Así comenzaba, y cuando hubo terminado le dijo el Profeta: “Allah tenga misericordia de ti”, ante lo cual protestó Omar: “Lo habéis hecho inevitable, Enviado de Allah. ¡Podías habernos dejado disfrutar de él más tiempo!”, queriendo decir, como sabían todos, que el Profeta acababa de predecir su próximo martirio porque por experiencia conocían que cuando invocaba la Misericordia de Allah sobre alguien, a esa persona, probablemente, le quedaba poco tiempo de vida.

Al cabo de dos días y medio se encontraban a una sola tarde de marcha de su meta. Era entonces importante tomar una posición que les interpusiera como barrera entre Jaybar y sus aliados de Gatafan. Con este objetivo a la vista, el Profeta pidió un guía, y durante la noche llegaron a un espacio abierto delante de las murallas. Era muy oscuro, porque la joven luna creciente ya se había puesto, y su aproximación fue tan silenciosa que nadie se agitó en la ciudad y ningún ave o animal doméstico dio la alerta. Tan sólo al amanecer se rompió el silencio. La llamada a la plegaria se hizo muy bajo aquella madrugada en el campamento de los musulmanes, y efectuada la plegaria contemplaron en silencio delante de ellos este “jardín del Hiyaz” que la luz en aumento les fue revelando gradualmente a medida que las fortalezas comenzaron a surgir por encima de los ricos palmares y campos de trigo. El sol salió, y cuando los trabajadores del campo salieron con sus palas, con sus azadones y sus cestas se quedaron pasmados al encontrarse cara a cara con un aterrador y silencioso ejército. “¡Muhammad (saws) y su hueste!”, gritaron, y se volvieron despavoridos hacia sus bastiones. “¡Allahu Akbar!”, dijo el Profeta, y añadió, haciendo un jubiloso juego de palabras con las letras del nombre: “¡Jaribat Jaybar!” (¡Jaybar está aniquilado!). Entonces selló solemnemente su derrota recitando la aleya que habla del castigo de Allah:

“Cuando descargue sobre ellos, mal despertar tendrán los que ya habían sido advertidos.”
(XXXVII, 177)

Pero en lugar de decir descargue dijo Descarguemos.

Los judíos celebraron un apresurado consejo de guerra, pero a pesar de las advertencias de uno de sus jefes, decidieron confiar en sus almenas. No había comparación posible, decían, entre las fortalezas de Yathrib y sus propias ciudadelas, que se erguían como montañas. Esta decisión de luchar en grupos separados estuvo en gran medida basada en su principal debilidad, que era su falta de unidad. Lo que la Revelación le había dicho al Profeta acerca de los judíos de Yathrib era igualmente cierto de los jaybaríes:

“No combatirán unidos contra vosotros, sino en poblados fortificados o protegidos por murallas. Sus disensiones internas son profundas. Les creéis unidos, pero sus corazones están desunidos. Es que son gente que no razona.”
(LIX, 14)

Para ellos era una desgracia encontrarse ahora repentinamente enfrentados con un ejército que, aunque poco numeroso, estaba penetrado por una disciplina implícita en la aleya:

“Alá ama a los que luchan en fila por Su causa, como si fueran un sólido edificio.”
(LXI, 4)

un ejército de hombres cuyas almas se deleitan en la promesa de las palabras:

“Y, cuando Saúl marchó con los soldados, dijo: "Alá os probará con un arroyo. Quien beba de él no será de los míos. Quien no lo pruebe, será de los míos, a menos que beba una sola vez del hueco de la mano". Y bebieron de él, salvo unos pocos. Y, cuando él y los que creían lo hubieron cruzado, dijeron: "Hoy no podemos nada contra Goliat y sus soldados". Los que contaban con encontrar a Alá dijeron: "¡Cuántas veces una tropa reducida ha vencido a otra considerable con permiso de Alá! Alá está con los que tienen paciencia"”
(II, 249)

El primer día que el Profeta atacó la fortaleza más próxima, las guarniciones de las otras no salieron en bloque para combatir a los sitiadores sino que se quedaron detrás de sus propias murallas y se ocuparon en reforzar las fortificaciones. Esta táctica redujo la disparidad de los números, pero puso a prueba la paciencia de los musulmanes con una campaña larga sobre territorio extraño y muchas batallas en lugar de una. Los hombres de Jaybar se encontraban entre los más expertos tiradores de Arabia. Nunca antes los musulmanes habían tenido que ejercitarse de tal manera en el uso de sus escudos, y al comienzo de la campaña las mujeres del campamento estuvieron continuamente ocupadas curando heridas de flecha. De las mujeres del Profeta, la suerte había recaído por segunda vez seguida sobre Umm Salamah, y entre las otras mujeres que acompañaban al ejército para cuidar a los heridos y mantener el suministro de agua detrás de las líneas, estaban la tía del Profeta Safiyyah, Umm Ayman, Nusaybah y Umm Sulaym, la madre de Anas.

Durante varios días no se consiguió nada, pero en la sexta noche, cuando Omar estaba al mando de la vigilancia, se capturó a un espía en el campamento, y a cambio de su vida les facilitó valiosas informaciones sobre las distintas fortalezas, diciéndoles cuáles podían tomar con más facilidad y sugiriéndoles que debían comenzar por una que no se encontraba bien defendida y que en sus espaciosos sótanos tenía cierta cantidad de armas almacenadas que incluían algunos ingenios de guerra que habían

sido empleados en el pasado contra otras fortalezas, porque al igual que Yathrib, Jaybar había padecido a menudo las discordias civiles. Al día siguiente se conquistó la fortaleza y sacaron los ingenios para usarlos en otros asaltos: una balista para arrojar rocas y dos testudos para que los hombres se arrimaran a las murallas bajo un techado inexpugnable y pudieran abrir una brecha de entrada. En parte gracias a estos artefactos, las fortalezas más fáciles cayeron una tras otra. La primera resistencia fuerte que encontraron fue en un baluarte llamado Naim. Aquí la guarnición salió en gran número, y ese día todos los ataques hechos por los musulmanes fueron rechazados. *"Mañana", dijo el Profeta, "le daré el estandarte a un hombre a quien Allah y Su Enviado aman. Allah nos dará la victoria por sus manos; él no es de los que vuelven la espada para huir."*

En las campañas anteriores el Profeta había usado banderas relativamente pequeñas como estandartes. Pero a Jaybar había traído un gran estandarte negro hecho de un manto de Aishah. Lo llamaban *"el Águila"*, y ahora se lo dio a Ali. Luego pidió por él y sus otros Compañeros, para que Allah les diese la victoria. Después de otro día de feroz lucha, en la que Zubayr y Abu Duyanah, el de rojo turbante, desempeñaron un papel eminente, Ali condujo a sus hombres en una embestida final que forzó a la guarnición a retroceder hasta el fondo de la fortaleza, dejando a los musulmanes el control de las puertas. La fortaleza se rindió, pero no sin que antes muchos de sus hombres escapasen a otros bastiones a través de una salida trasera.

"¿Dónde están los Bani Gatafan?", era una pregunta que todo el mundo se hacía en Jaybar, pero que no tenía respuesta. De hecho se habían puesto en camino con un ejército de cuatro mil hombres, según lo prometido. Pero después de un día de marcha habían oído durante la noche una extraña voz —no sabían si procedía de la tierra o del cielo— y la voz había exclamado tres veces sucesivas: *"¡Vuestro pueblo! ¡Vuestro pueblo! ¡Vuestro pueblo!"*, ante lo cual los hombres imaginaron que sus familias estaban en peligro y regresaron rápidamente por donde habían venido, sólo para encontrar que todo estaba en orden. Pero después de haber regresado, se mostraron poco dispuestos a salir por segunda vez, en parte porque muchos de ellos estaban convencidos de que llegarían demasiado tarde para participar en la derrota del enemigo.

La más inexpugnable de las fortalezas de Jaybar era conocida como la Ciudadela de Zubayr. Coronaba una elevada masa de roca con un empinado acceso a las puertas y precipicios cortados a pico por todos los lados restantes. La mayoría de los combatientes que habían escapado de las otras fortalezas se habían unido a la guarnición de la ciudadela, que se mantenía firme detrás de los muros. El Profeta los asedió durante tres días, y entonces acudió a él un judío de otra fortaleza y le dijo que disponían de un recurso oculto que les permitiría aguantar casi de forma indefinida. Se ofreció a contarle el secreto, con la condición de que su vida, sus propiedades y su familia estarían a salvo. El Profeta aceptó, y el hombre le mostró dónde podía cavar para represar un riachuelo subterráneo que discurría por debajo de las rocas de la ciudadela. Mediante una serie de peldaños accedían a él desde el interior, y como la corriente nunca estaba seca no tenían agua almacenada. Así pues, cuando les cortaron el suministro pronto se vieron forzados por la sed a salir y luchar, y después de una violenta batalla fueron derrotados.

La última de las fortalezas que ofreció alguna resistencia fue Qamus. Pertenecía a la familia de Kinanah, uno de los clanes más ricos y poderosos de los Bani Nadir. Algunos de ellos llevaban mucho tiempo viviendo en Jaybar, mientras que otros miembros de la familia, entre los que se encontraba el mismo Kinanah, hacía poco que

se habían establecido allí después de haber sido exiliados de Yathrib. Eran ellos especialmente quienes habían contado con la ayuda de Gatafan, y el incumplimiento de su promesa les había producido una decepción acobardante. Su desmoralización había aumentado aún más a causa de las malas noticias traídas por todos los fugitivos que se estaban congregando en Qamus. Sin embargo resistieron durante catorce días; luego Kinanah envió un mensaje diciendo que deseaba llegar a un acuerdo con el Profeta, el cual estaba dispuesto a negociar. Descendió, pues, el caudillo de la fortaleza con otros de su familia, y se acordó que ninguno de la guarnición sería ajusticiado o hecho prisionero ni ellos ni sus familias a condición de que abandonasen Jaybar y que todas sus posesiones se convirtieran en propiedad de los vencedores. El Profeta entonces añadió una cláusula más, a saber, que su obligación de perdonarles las vidas y dejarlos ir en libertad no tendría efecto con respecto a quien intentase ocultar algo de sus pertenencias. Kinanah y los otros se mostraron de acuerdo y el Profeta llamó a Abu Bakr, Omar, Ali y Zubayr y a diez judíos para que fuesen testigos del acuerdo.

Pero pronto resultó evidente, tanto para los judíos como para los musulmanes, que estaba siendo escondida mucha riqueza. ¿Dónde estaba el famoso tesoro de los Bani Nadir que se habían traído con ellos de Medina, y que tan ostentosamente habían lucido en su procesión por sus calles? El Profeta interrogó a Kinanah acerca de ello, y él respondió que desde su llegada a Jaybar todo el tesoro había sido vendido para pagar más armas, armaduras y fortificaciones. Los judíos sabían que estaba mintiendo, y sintieron todos una gran aprensión porque muchos de ellos creían entonces que se encontraban en presencia de un Profeta. Sostenían que no tenían ninguna necesidad de seguirle, porque no les había sido enviado a ellos, pero sería claramente inútil intentar engañarlo. Uno de ellos, que tenía presente el bien de Kinanah, se aproximó a él y le pidió que no ocultase nada, porque si lo hacía el Profeta sin duda sería informado de ello. Kinanah lo reprendió airadamente, pero en menos de un día el tesoro había sido descubierto, y Kinanah fue ajusticiado junto con un primo suyo, de quien se descubrió que estaba enterado secretamente de la ocultación. Sus familias fueron hechas cautivas.

Después de la caída de Qamus, las dos fortalezas restantes se entregaron bajo las mismas condiciones. Luego, los judíos de Jaybar deliberaron entre sí y enviaron una delegación a Muhammad (saws) sugiriendo que, puesto que eran personas diestras en la gestión y trabajo de sus granjas y huertos, debía permitirles permanecer en sus hogares, y ellos le pagarían una renta anual de la mitad de lo producido. El Profeta accedió a esto, pero estipuló que si en el futuro decidía desterrarlos, tendrían que irse. Se rumoreó entonces que los musulmanes tenían la intención de extender su campaña a Fadak, un pequeño pero rico oasis al noreste; y cuando los judíos de Fadak se enteraron de los términos que habían sido impuestos a Jaybar, enviaron un mensaje ofreciendo su rendición en las mismas condiciones. Fadak se convirtió así en la propiedad del Profeta, como sucedía con todas las posesiones que no habían sido ganadas por la fuerza de las armas.

Cuando se hubo alcanzado un acuerdo sobre todos los términos, y cuando el ejército victorioso hubo descansado, la viuda de Sallam ibn Mishkam asó un cordero y envenenó todas sus partes con una ponzoña mortal que concentró de forma especial en las paletillas, porque investigando se había enterado de que el Profeta prefería la paletilla de cordero sobre las otras piezas. Luego se lo llevó al campamento y lo colocó delante de él. El Profeta se lo agradeció e invitó a los Compañeros presentes a cenar con él.

Sucedió en esta ocasión que, sentado junto al Profeta, estaba un jazrachí llamado Bishr, el hijo de aquel Bara que había conducido a los musulmanes de Yathrib al segundo Aqabah y que había sido el primero en hacer la plegaria en dirección a la Meca. Cuando el Profeta tomó un bocado de cordero, Bishr hizo lo mismo y se lo tragó, pero el Profeta escupió lo que tenía en la boca, diciendo a los otros: *“¡Apartad vuestras manos! Esta paletilla me ha revelado que está envenenada”*. Mandó por la mujer y le preguntó si había emponzoñado la pieza. *“¿Quién os lo dijo?”*, preguntó ella *“La paletilla misma”*, respondió el Profeta. *“¿Qué te ha movido a hacerlo?”* *“Bien sabéis”*, dijo ella, *“lo que habéis hecho a mi pueblo, y habéis matado a mi padre, a mi tío y a mi marido. Así que me dije: Si es un rey, me libraré de él, y si es un Profeta estará informado del veneno”* El rostro de Bishr tenía ya un color pálido ceniciento, y poco después murió. Pero el Profeta, sin embargo, perdonó a la mujer. (Muhammad ibn Ismail al- Bujari, LI, 28).

No era ella la única mujer que había perdido padre y marido a manos de los musulmanes. Entre los cautivos, tomados por haber ocultado Kinanah el tesoro, estaba su viuda Safiyyah, la hija de aquel Huyay que había persuadido a los Bani Qurayzah a romper su tratado con el Profeta y que con ellos había sido pasado por las armas después de la batalla del Foso. Tenía ella diecisiete años y se había casado con Kinanah tan sólo uno o dos meses antes de que el Profeta hubiera partido de Medina. El matrimonio, mientras duró, no había sido feliz. A diferencia de su padre y su marido, Safiyyah era de una naturaleza profundamente piadosa. Desde su más tierna infancia había oído a la gente hablar del Profeta que pronto iba a aparecer, y esto había llenado su imaginación. Luego habían hablado de un árabe de la Meca, un hombre del Quraysh, que afirmaba ser el Profeta, y más tarde llegaron noticias de que había ido a Quba. Aquello había sido siete años antes, cuando ella era una niña de diez, y recordaba bien a su padre y a su tío partiendo para Quba a fin de asegurarse de que el hombre era un impostor. Pero lo que más se había grabado en su recuerdo fue el regreso de ambos, ya entrada la noche, en un estado de sumo abatimiento. Estaba claro, por lo que dijeron, que creían que el recién llegado era el Profeta prometido, pero que tenían la intención de oponérsele, y su joven mente se quedó confundida. (Ibn Ishaq, 354-5).

Poco después de su matrimonio, y no mucho antes de que el Profeta apareciera delante de Jaybar, había tenido un sueño. Vio una brillante luna colgando en el cielo, y supo que bajo ella yacía la ciudad de Medina. Luego, la luna comenzó a desplazarse hacia Jaybar, donde cayó en el regazo de ella. Cuando se despertó le contó a Kinanah lo que había visto en su sueño, ante lo cual él le dio un golpe en la cara y dijo: *“Esto solamente puede significar que tú deseas al Rey de Hiyaz, a Muhammad (saws)”*. La señal del golpe aún era visible cuando fue llevada como cautiva ante el Profeta. El le preguntó qué lo había ocasionado, y ella le contó su sueño. Ahora bien, Dihyah ⁽¹⁾ de los Bani Kalb, que había abrazado el Islam poco después de Badr, había pedido que le diesen a Safiyyah como su porción del botín de Jaybar, o como una parte de su porción, y el Profeta había aceptado. Pero al escuchar el sueño de Safiyyah envió por Dihyah y le dijo entonces a Safiyyah que estaba dispuesto a liberarla, y le ofreció la elección de permanecer judía y volver con su gente o abrazar el Islam y convertirse en su esposa. *“Elijo a Allah y a Su Enviado”*, dijo ella, y se casaron en la primera parada que se hizo en el camino de vuelta a casa.

La campaña aún no estaba concluida, porque en lugar de volver por el camino directo por donde habían venido, el Profeta giró un poco hacia el oeste y asedió a los judíos de Wadi al-Qura en sus fortalezas. Habían estado coaligados con Jaybar, y al cabo de tres días se sometieron en los mismos términos.

Ibn al-Akwa, el aslamí que había cantado para ellos en su marcha hacia el norte, había sido muerto en Jaybar durante el ataque contra la ciudadela. Su propia espada de algún modo se había vuelto contra él y le había ocasionado una herida mortal, y uno de los Ansar observó que no podía contársele entre los mártires. *“El que diga eso miente”*, dijo el Profeta. *“Verdaderamente ha atravesado los jardines del Paraíso tan libremente como un nadador atraviesa el agua”* (Waqidi, 662). Otro interrogante sobre el martirio se planteó en Wadi al-Qura, donde el esclavo negro del Profeta, Karkarah, resultó muerto por una flecha cuando desensillaba un camello. Pero el Profeta respondió: *“Ahora está ardiendo en la Gehena bajo un manto que robó en Jaybar y que se ha convertido en un manto de llamas”* (Ibn Ishaq, 765).

Le gustaba advertirles continuamente que el privilegio de vivir con él en su comunidad conllevaba una grave responsabilidad, porque Allah era Justo y los juzgaría más severamente que a quienes vivieron en épocas peores, en las que era más difícil resistir el mal. El Profeta dijo: *“Ciertamente estáis en una época en la que quien omita una décima parte de la ley se condenara. Pero vendrá un tiempo en que quien cumpla una décima parte de la ley se salvará”* (Muhammad ibn Isa al-Tirmidai, XXXI, 79).

(1) Era un hombre de gran belleza, y el Profeta dijo de él: *“De todos los hombres que he visto, el que más se parece a Gabriel es Dihyah al-Kalbi”* (Ibn Saad, IV, 184).

Bani Qurayzah

Solamente disfrutaron de unas pocas horas para descansar. Una vez hecha la plegaria del mediodía Gabriel acudió al Profeta. Estaba vestido espléndidamente, el turbante era de rico bordado de oro y plata, y una tela de terciopelo brocado recubría la silla de la mula en la que montaba. *“¿Has depuesto las armas, Enviado de Allah?”*, le dijo. *“Los Ángeles no han depuesto las suyas, y yo regreso en este momento de perseguir al enemigo. Ciertamente Allah en Su Poder y Majestad ordena, Muhámmad, que marches ahora contra los hijos de Qurayzah. Yo en este momento me voy contra ellos para hacer que sus almas se estremezcan”* (Ibn Ishaq, 684).

El Profeta ordenó que nadie hiciera la plegaria de la tarde hasta que no hubieran alcanzado el territorio de los Qurayzah. El estandarte le fue confiado a Ali, y antes de la puesta del sol todas las fortalezas habían sido sitiadas por el mismo ejército de tres mil hombres que se había enfrentado al Quraysh y sus aliados en el foso.

El asedio se prolongó durante veinticinco noches, al cabo de las cuales enviaron un mensaje al Profeta pidiéndole que les dejase consultar a Abu Lubabah. Al igual que los Bani Nadir, habían sido durante mucho tiempo aliados de los Aws, y Abu Lubabah había sido uno de sus principales contactos con su tribu. El Profeta le mandó que fuese a ver qué querían, y a su llegada se vio acosado por mujeres y niños llorosos, de forma que su severidad contra el enemigo se suavizó un poco, y cuando los hombres le preguntaron si debían someterse a Muhammad (saws) él les respondió *“sin duda”*, pero al mismo tiempo apuntó hacia su garganta como para advertirles que en su opinión el sometimiento significaba el degüello. El gesto estaba en contradicción con su aprobación, y podría haber prolongado el asedio todavía más pero apenas lo hubo hecho cuando un abrumador sentimiento de culpa se sumó al que ya tenía a causa de la palmera datilera que se había negado a dar al huérfano que estaba bajo su custodia cuando se lo pidió el Profeta. *“Mis dos pies no se habían movido de donde estaban”*, dijo, *“antes de darme cuenta de que había traicionado al Enviado de Allah”*. Su rostro cambió de color y recitó el versículo:

**“que, cuando les acaece una desgracia, dicen: “¡Somos de Alá y a Él
volvemos!” ”**
(II, 156)

“¿Qué te sucede?”, dijo Kaab. *“He traicionado a Allah y a Su Enviado”*, dijo Abu Lubabah, y mientras descendía de la habitación superior se llevó la mano a la barba y estaba mojada por las lágrimas. Se sentía incapaz de cobrar ánimo suficiente para salir por donde había entrado y vérselas con sus compañeros awsíes y otros que, como él sabía, lo estaban esperando, ansiosos de oír sus noticias y de conducirlo ante el Profeta. Salió, pues, de la fortaleza a través de una puerta trasera y se encaminó hacia la ciudad. Una vez allí se fue directamente hacia la Mezquita y se ató a uno de sus pilares, diciendo: *“No me moveré de este lugar hasta que Allah se apiade de mi por lo que hice”*.

El Profeta estaba esperando su regreso, y cuando por fin se enteró de lo que había sucedido, dijo: *“Si hubiera venido a mi yo hubiera pedido a Allah para que lo perdonase, pero, a la vista de lo que ha hecho, no me corresponde a mi liberarlo hasta que Allah se apiade de él”* (Waqidi, 507).

Permaneció en el pilar de diez a quince días. Antes de cada plegaria, o siempre que era necesario, su hija acudía para desatar sus ligaduras; luego, después de hecha

la plegaria le ordenaba que lo atase de nuevo. Con todo, su penosa condición se aliviaba por un sueño que había tenido una noche durante el asedio. Se había sentido atrapado en una ciénaga de fétido lodo de la cual era incapaz de salir, hasta que casi moría a causa del hedor. Entonces veía una corriente de agua y en ella se limpiaba y el aire en torno suyo era fragante. Al despertar había ido a ver a Abu Bakr para preguntarle sobre su posible significado, y Abu Bakr le había dicho que el cuerpo representaba a su alma y que entraría en un estado anímico que le oprimiría de forma indecible y que luego se le otorgaría el alivio del mismo. Durante sus días en el pilar vivió con la esperanza de ese alivio.

En cuanto a los Bani Qurayzah, Kaab sugirió que, puesto que muchos de ellos creían que Muhammad (saws) era un Profeta, debían abrazar su religión y salvar sus vidas y bienes. Pero ellos dijeron que la muerte era preferible y que no tendrían nada salvo la Torá y la ley de Moisés. Entonces Kaab hizo otras sugerencias, presentándoles otras posibilidades. Había, sin embargo, tres jóvenes de los Bani Hadl—es decir, descendientes de Hadl el hermano de Qurayzah— que habían estado en las fortalezas de sus parientes durante el asedio, y ellos reiteraron la primera proposición hecha por Kaab. Siendo muchachos habían conocido a Ibn al-Hayyaban, el anciano judío de Siria que había venido a establecerse entre ellos, y repitieron ahora sus palabras sobre el Profeta esperado: *“Su hora está próxima. Sed los primeros en reconocerlo, ¡oh judíos!, porque será enviado para derramar la sangre y tomar cautivos a las mujeres y los hijos de los que se le opongan. No dejéis que eso os aparte de él”* (Ibn Ishaq, 136). Pero la única respuesta que recibieron fue un *“no renegaremos de la Torá”*. En consecuencia, los tres jóvenes abandonaron la fortaleza aquella noche, y, contándoles a los centinelas musulmanes su intención de abrazar el Islam, prestaron lealtad al Profeta. Solamente dos de los Bani Qurayzah siguieron su ejemplo. Uno de estos, Amr ibn Suda, había rehusado desde el principio aprobar la ruptura del pacto con el Profeta y se había disociado formalmente de la misma. Ahora sugirió que si no abrazaban el Islam podían ofrecer el pago de un tributo o impuesto al Profeta *“pero, por Allah, yo no sé si lo aceptaría”*. Le respondieron, sin embargo, que era preferible morir a aceptar el pago de un tributo a los árabes. Se marchó él entonces de la fortaleza, y, después de pasar entre los guardias como un musulmán, pasó aquella noche en la Mezquita de Medina. Pero nunca volvió a ser visto, y hasta la fecha se desconoce a dónde se fue o dónde murió. El Profeta dijo de él: *“Ése es un hombre al que Allah salvó por su lealtad”*. El otro hombre, Rifaah ibn Samawal, burló a los vigilantes y se refugió con Salma bint Qays, la tía materna del Profeta, medio hermana de Aminah, que se había casado con un jazrachí de los Bani al-Nayyar. En su casa, Rifaah se convirtió al Islam.

Al día siguiente, a pesar de las advertencias de Abu Lababah, los Bani Qurayzah abrieron las puertas de sus fortalezas y se sometieron al juicio del Profeta. Los hombres fueron sacados con las manos atadas a la espalda y se les asignó un espacio en un lado del campamento. En otro lado fueron reunidos las mujeres y los niños, y el Profeta los puso a cargo de Abdallah ibn Sallam, el antiguo rabino mayor de los Bani Qaynuqa. Las armas y las armaduras, las prendas de vestir y los bienes domésticos fueron sacados de todas las fortalezas y colocados en un lugar que se les asignó. Las tinajas de vino y de jugo de dátil fermentado fueron abiertas y se hizo derramar su contenido.

Los clanes de Aws enviaron una delegación al Profeta pidiéndole que mostrase con sus antiguos aliados la misma indulgencia que había tenido con los Bani Qaynuqa, los cuales habían sido aliados del Jazrach. Les respondió diciendo: *“¡Hombres de Aws! ¿Os sentiréis satisfechos si uno de vosotros pronuncia sentencia sobre ellos?”* Se mostraron conformes. Envió, pues a Medina por su jefe, Saad ibn Muadh, cuya herida todavía no había sanado y que estaba siendo atendido en una tienda en la Mezquita. El

Profeta lo había instalado allí para poder visitarlo más a menudo, y Rufaydah, una mujer de Aslam, cuidaba su herida. Algunos miembros de su clan se le acercaron, lo montaron en un asno y lo condujeron al campamento. *“Pórtate bien con tus confederados”*, le dijeron durante el camino, *“porque el Enviado de Allah ha determinado que tú pronuncies la sentencia sobre ellos sin más propósito que el de que los trates con indulgencia”*. Pero Saad era un hombre de justicia; al igual que Omar, se había opuesto a perdonar la vida de los prisioneros en Badr, y la opinión de ambos había sido confirmada por la Revelación. Muchos de los hombres del Quraysh que habían sido liberados mediante el pago del rescate en aquella ocasión habían salido para luchar contra ellos en Uhud y, nuevamente, en el foso, y en esta última campaña la fuerza de los invasores en buena medida se había debido a las hostiles actividades de los judíos exiliados de los Bani Nadir. Si éstos hubieran sido ajusticiados en lugar de haberseles permitido marchar al exilio, el ejército invasor podría haber sido dividido, y los Baní Qurayzah sin duda se habrían mantenido fieles a su pacto con el Profeta. Los argumentos que ofrecía la pasada experiencia no eran favorables a la indulgencia, para no decir más. Además, Saad mismo había sido uno de los enviados a los Qurayzah en el momento de crisis y había visto lo repugnante de su falsedad cuando había dado por segura la derrota de los musulmanes. Era cierto que si imponía una sentencia severa la mayoría de los hombres y mujeres de Aws lo censurarían, pero una consideración tal Saad nunca la había tenido muy en cuenta, y mucho menos ahora, que tenía el convencimiento de estar a punto de morir. Cortó las súplicas de sus compañeros de clan con las palabras: *“Ha llegado el momento para Saad, en la causa de Allah, de no prestar atención a la censura del censor”*.

Saad era un hombre de estatura imponente, de aspecto hermoso y majestuoso, y cuando llegó al campamento el Profeta dijo: *“Levantaos en honor de vuestro señor”*, y se incorporaron para saludarlo diciendo: *“Padre de Amr, el Enviado de Allah te ha designado para que juzgues el caso de tus confederados”*. Él les respondió: *“¿Juráis entonces por Allah y pactáis por Él que se les impondrá la sentencia que yo dicte?”* *“Así sea”*, respondieron. *“¿Y será vinculante para aquél que está aquí?”*, añadió, lanzando una mirada hacia donde estaba el Profeta, pero sin mencionarle por respeto. *“Lo será”*, dijo el Profeta. *“Entonces resuelvo”*, dijo Saad, *“que los hombres sean ejecutados, sus bienes divididos, y las mujeres y los niños sean hechos cautivos”*⁽¹⁾. El Profeta le dijo: *“Has juzgado con el juicio de Allah desde arriba de los siete cielos”*.

Las mujeres y los niños fueron llevados a la ciudad, donde se les alojó, y los hombres pasaron la noche en el campamento recitando la Torá y exhortándose entre sí a la firmeza y la paciencia. Por la mañana el Profeta ordenó que se cavasen fosas —largas, profundas y estrechas— en el mercado. Los hombres, unos setecientos en total, fueron enviados en pequeños grupos, y a cada grupo se le hizo sentar junto a la fosa que estaba destinada a ser su sepultura. Luego Ali, Zubayr y otros de los Compañeros más jóvenes del Profeta los decapitaron, cada uno de un solo golpe.

Cuando Huyay fue conducido al mercado se volvió hacia el Profeta, que se encontraba sentado aparte con algunos de sus Compañeros más ancianos, y le dijo: *“No me culpo por haberme opuesto a ti. Pero quien abandone a Allah él mismo será abandonado”*. Entonces se volvió hacia los otros, y dijo: *“El decreto de Allah no puede estar equivocado —una orden, un decreto y una masacre que Allah ha consignado en su libro contra los hijos de Israel—”*. Se sentó a continuación junto a la fosa y su cabeza fue cortada.

Los últimos en morir fueron decapitados a la luz de las antorchas. Entonces un anciano, Zahir ibn Bata, cuyo caso aún no había sido decidido, fue llevado a la casa donde estaban alojadas las mujeres. A la mañana siguiente, cuando se les comunicó la

muerte de sus hombres, la ciudad se llenó del sonido de sus lamentaciones. Pero el anciano Zabir las tranquilizó, diciendo: *“¡Callaos! ¿Sois las primeras mujeres y niños de Israel hechos cautivos desde que comenzó el mundo? Si hubiera habido algún bien en vuestros hombres os habrían salvado de esto. Pero aferraos a la religión de los judíos, porque en ella tenemos que morir, y en ella tenemos que vivir en el futuro.”*

Zabir siempre había sido enemigo del Islam y había trabajado mucho para fomentar la oposición al Profeta. Pero en las guerras civiles de Yathrib había perdonado la vida a un hombre de Jazrach, Thabit ibn Qays, que deseaba compensarle por esto, y había ido a ver al Profeta para pedirle que dejase vivir a Zabir. *“Es tuyo”,* dijo el Profeta. Pero cuando Thabit informó a Zabir de su indulto, éste le dijo: *“Un anciano, sin esposa y sin hijos, ¿qué tiene que hacer en la vida?”* Thabit fue, pues, de nuevo al Profeta, que le dio la mujer y los hijos de Zabir. Pero éste dijo: *“¿Cómo puede sobrevivir una familia en el Hiyaz sin riquezas?”*. Nuevamente fue Thabit a ver al Profeta, que le concedió todas las posesiones de Zabir, excepto las armas y la armadura. Pero entonces los pensamientos de la muerte de todos sus hermanos de tribu abrumaron a Zabir, que dijo: *“Thabit, por el derecho que tengo sobre ti, te pido por Dios que me reúnas con mi pueblo, porque, ahora que han partido, no queda ningún bien en la vida”*. En un primer momento Thabit se negó, pero cuando vio que hablaba en serio lo llevó al lugar de la ejecución y le dijeron a Zubayr que lo decapitase. Su mujer y sus hijos fueron liberados y se les devolvieron sus propiedades, bajo la tutela de Thabit.

En cuanto a las otras mujeres y niños, fueron divididos, junto con sus bienes, entre los hombres que habían participado en el asedio. Muchos de estos cautivos fueron liberados mediante el pago de rescate por los Baní Nadir de Jaybar. Como parte de lo que le correspondía el Profeta había escogido a Rayhanah, la hija de Zayd, un nadirí que la había casado con un hombre de Qurayzah. Era una mujer de gran belleza y permaneció como esclava del Profeta hasta su fallecimiento unos cinco años después. En un principio el Profeta la puso bajo la custodia de su tía Salma, en cuya casa ya se había refugiado Rifaah. Rayhanah sentía repugnancia por convertirse al Islam, pero Rifaah y sus parientes de los Baní Hadl le hablaron sobre la nueva religión y no transcurrió mucho tiempo antes de que uno de los jóvenes conversos, Thalabah, acudiese junto al Profeta y le dijese que Rayhanah se había convertido al Islam, lo cual le alegró de sobremanera. Cuando resultó evidente que no se encontraba embarazada, el Profeta fue a verla y le ofreció liberarla y desposarla. Pero ella dijo: *“¡Oh Enviado de Allah! Déjame en tu poder; eso será más sencillo para mí y para ti”*.

(1) La sentencia de Saad estaba sin duda dirigida principalmente contra su perfidia, pero de hecho coincidía exactamente con la ley judía relativa al trato a una ciudad asediada, incluso si era inocente del cargo de traición: “Y cuando Yavé, tu Dios, la pusiera en tus manos, pasarás a todos los varones al filo de la espada, pero las mujeres, los niños y los ganados y cuanto haya en la ciudad, todo su botín, lo tomarás para ti” (Deuteronomio, XX, 12.)

Después del asedio

Cuando Saad hubo pronunciado su veredicto sobre los Bani Qurayzah regresó a su lecho de enfermo en la Mezquita. Ya le había pedido a Allah que si tenía para él más luchas en las que participar contra sus enemigos que le dejase vivir, y si no que le dejase morir. Ahora su estado empeoró rápidamente. Una noche, poco después del asedio, el Profeta lo encontró aparentemente inconsciente. Se sentó a su cabeza, que suavemente levantó y colocó contra su pecho, y pidió: *“¡Oh Señor!, ciertamente Saad se ha esforzado en el sendero, con fe plena en Tu Enviado, sin dejar de hacer nada de lo que tenía que hacer. Llévate, pues, contigo su espíritu atendiéndolo con la mejor hospitalidad que das a los espíritus de Tus criaturas”*. Saad escuchó la voz del Profeta, y abriendo los ojos dijo: *“La paz sea sobre ti, Enviado de Allah, doy testimonio de que has comunicado tu mensaje”*. Una o dos horas después, una vez que el Profeta hubo regresado a casa, Gabriel vino a él y le dijo que Saad había muerto.

Cuando portaban el féretro al cementerio, los que lo llevaban se asombraron por lo ligero de la carga, ya que Saad era un hombre pesado, pero cuando se lo mencionaron al Profeta les dijo: *“Vi a los Ángeles transportándolo”*. Colocaron el féretro al borde de la fosa y dirigió la plegaria funeraria, con una multitud de hombres y mujeres haciéndola detrás de él. Luego, cuando depositaron el cuerpo en la tumba, el rostro del Profeta empalideció de pronto, y dijo tres veces: Subhan Allah —*“Gloria a Allah”*— siendo ésta una afirmación de la Absoluta Trascendencia de Allah, pronunciada a veces como en esta ocasión, respecto de un límite que necesita ser trascendido. Todos los presentes lo repitieron y el cementerio resonó con las glorificaciones. Después, al cabo de un momento, pronunció las palabras de victoria, Allahu Akbar —*“Allah es Grande”*— y el cementerio volvió a resonar al unírsele en la magnificación todos los presentes. Posteriormente, cuando se le preguntó al Profeta por qué había empalidecido, éste dijo: *“La tumba se cerraba sobre vuestro compañero, y él sintió una contrición que, de poder eludirla cualquier hombre, Saad la habría eludido. Luego Allah le concedió un alivio bendito.”* (Waqidi, 529).

Fue al alba de uno de los días que siguieron, estando el Profeta en el aposento de Umm Salamah, cuando le anunció a ella: *“Abu Lubabah está perdonado”* *“¿Puedo darle las buenas nuevas?”*, preguntó ella. *“Si lo deseas”*, respondió el Profeta; salió, pues, ella a la puerta de su aposento, que se abría a la Mezquita, no lejos del pilar al que se había atado, y gritó: *“¡Oh Abu Lubabah, alégrate, porque Allah se ha apiadado de ti!”*. Los hombres que se encontraban en la Mezquita se precipitaron sobre él para liberarlo, pero él se detuvo diciendo: *“No hasta que el Enviado de Allah me libere con sus propias manos”*. Así pues cuando el Profeta pasó junto a él de camino a la plegaria le desató las ligaduras.

Después de la plegaria Abu Lubabah se aproximó al Profeta y le dijo que quería hacer una ofrenda en expiación por lo que había hecho, y el Profeta aceptó de él un tercio de sus bienes, porque la Revelación que lo había liberado había dicho: **“¡Deduce de sus bienes una limosna para limpiarles y purificarles con ella! ¡Y ora por ellos! Tu oración les sosiega. Alá todo lo oye, todo lo sabe.”** (IX, 103) refiriéndose no sólo a Abu Lubabah sino también a otros buenos hombres que habiendo incurrido en falta reconocían su error.

Unos cinco meses después de la campaña del Foso, el Profeta se enteró de que se aproximaba una rica caravana del Quraysh procedente de Siria; Zayd fue enviado para interceptarla con una tropa de ciento setenta hombres a caballo. Se apoderaron de todas las mercancías, incluida gran cantidad de plata que era propiedad de Safwan,

y la mayoría de los hombres fueron hechos prisioneros. Entre los pocos que se escaparon se encontraba Abu al-As, el yerno del Profeta, y cuando se acercó a Medina, cerca de la cual tenía que pasar para ir a la Meca, sintió un fuerte deseo de ver a su esposa y a su hijita Umamah. Aprovechando la oscuridad de la noche entró en la ciudad con considerable riesgo y de un modo u otro logró descubrir donde vivía Zaynab. Llamó a la puerta. Ella abrió y lo dejó entrar. No faltaba mucho para el alba, y cuando Bilal hizo la llamada para la plegaria Zaynab lo dejó en la casa con Umamah y se marchó a la Mezquita para colocarse como de costumbre con sus hermanas y madrastras en la primera fila de las mujeres, detrás de las filas de los hombres. El Profeta hizo la magnificación inicial que los hombres repitieron después de él, y en el breve momento de silencio que siguió Zaynab gritó con todas sus fuerzas: *“Gentes ¡Doy protección a Abu al-As, el hijo de Rabi!”*, y comenzó ella también la plegaria con la magnificación.

Cuando el Profeta hubo pronunciado el saludo final de paz, se levantó, se volvió hacia los reunidos y dijo: *“¿Oísteis lo que yo oí?”* Un murmullo de afirmación recorrió toda la Mezquita. *“Por Aquél en cuyas manos está mi alma dijo, ‘yo no sabía nada de esto hasta que oí lo que he oído’. El musulmán más humilde puede conceder protección, protección que todos los demás musulmanes tendrán que respetar”*. Entonces fue hacia su hija y le dijo: *“Recíbelo con todos los honores, pero no le permitas acercarse a ti como marido, porque legalmente ya no le perteneces”*. Zaynab le contó a su padre que Abu al-As estaba preocupado por la pérdida de las mercancías que él mismo había adquirido mediante trueque en Siria en nombre de varios qurayshíes que le habían confiado sus bienes, porque él era uno de los hombres más dignos de confianza en la Meca. El Profeta envió, pues, un mensaje a aquellos de la expedición que se habían apoderado de las riquezas de Abu al-As: *“Como sabéis, este hombre está emparentado con nosotros, y habéis tomado sus bienes. Si tuvieseis la bondad de devolvérselas, me alegraría, pero en caso contrario, es un botín que Allah os ha dado y tenéis por tanto un mayor derecho a ello”*. Dijeron que se lo restituirían, y tal fue así que incluso le devolvieron viejos odres de agua, pequeñas botellas de cuero y trozos de madera. Le fue devuelto todo sin excepción, y como había indicios de que tenía pensamientos de abrazar el Islam, uno de los hombres le dijo: *“¿Por qué no te conviertes al Islam y te quedas con estos bienes, porque son las riquezas de los idólatras?”* Pero él respondió: *“Mal comienzo para mi Islam sería que traicionara la confianza que en mí han depositado”*. Se llevó las mercancías a la Meca y se las entregó a sus propietarios. Luego volvió a Medina y abrazó el Islam, jurando fidelidad. Así pues, una vez más, Zaynab se encontró reunida con su marido y fue grande la alegría en la familia del Profeta y en toda la ciudad.

Los hipócritas

El éxito de la emboscada de Zayd en la ruta caravanera oriental hizo que los pensamientos del Quraysh se volviesen una vez más hacia la ruta occidental, que, de todos modos, preferían. Comenzaron entonces a instigar a sus propios aliados de la costa del Mar Rojo, los Bani al-Mustaliq, un clan de Juzaah, para que efectuasen una incursión contra Medina, esperando sin duda alguna que éstos podrían ganar el apoyo de otras tribus costeras y de este modo les abrirían de nuevo la ruta. Pero los otros clanes de Juzaah estaban más favorablemente dispuestos hacia el Profeta de lo que los mequies imaginaban, y andando el tiempo le llegaron noticias de este proyecto. Se le daba así la oportunidad de demostrar su poder no disminuido e incluso fortalecido también a lo largo de la ruta occidental, hasta una distancia de unas pocas marchas de la misma Meca. Al cabo de ocho días, bastante antes de que los Bani al-Mustaliq estuviesen preparados para ponerse en camino, ya había acampado en una de las aguadas de su territorio. Desde allí avanzó y mediante una rápida maniobra envolvente se abatió sobre los nómadas, que se rindieron sin ofrecer apenas resistencia. Tan sólo un musulmán resultó muerto, y del enemigo no más de diez. Unas doscientas familias fueron hechas cautivas, y el botín incluyó aproximadamente dos mil camellos y cinco mil ovejas y cabras.

El ejército permaneció allí acampando durante unos cuantos días, pero su estancia fue interrumpida por un incidente fatal. En uno de los pozos se originó una disputa entre dos miembros de dos tribus de la costa, las de Gifar y Yuhaynah, sobre cuál era el cubo de cada uno, y terminaron peleándose. El gifarí, que había sido contratado por Omar para conducir su caballo, gritó pidiendo ayuda —“¡Quraysh!”— mientras que el yuhayní llamó a sus aliados tradicionales del Jazrach, y los más exaltados de entre los Emigrados y los Ansar corrieron hacia el lugar de los hechos. Se desenvainaron espadas y la sangre pudo haber corrido de no haber intervenido alguno de los Compañeros más íntimos para calmar a ambos bandos. Normalmente éste habría sido el final del asunto. Pero dio la casualidad de que en esta expedición había tomado parte un número de hipócritas mayor de lo normal. La expedición se realizaba en un territorio bien regado y que les era familiar, y desde el principio se había abrigado la esperanza de una victoria fácil y de un botín digno del esfuerzo. Ellos no estaban, sin embargo, dispuestos a cambiar su punto de vista sino que todavía seguían considerando las expediciones que partían de Yathrib como correrías del Jazrach y Aws realizadas con el concurso de auxiliares. El campamento pertenecía por lo tanto a los hijos de Qaylah; los refugiados qurayshíes estaban allí, como en otras partes, simplemente por tolerancia. En este estado de ánimo estaba Ibn Ubayy sentado aparte con un grupo de sus más allegados cuando llegó a sus oídos el griterío de la pelea, y uno de ellos acudió a ver qué pasaba. Regresó para informar, con toda veracidad, que el hombre de Omar tenía toda la culpa y que era él quien había dado el primer golpe. Esto sirvió para reavivar los rescoldos del rencor que se mantenía latente desde la experiencia del foso. Durante los últimos cinco años la tensión había ido creciendo gradualmente hasta que la presencia de Muhammad (saws) y los otros Emigrados había puesto a toda Arabia en contra de ellos. Además de esto, las ricas y hospitalarias tribus judías que habían desempeñado un papel tan importante en la comunidad habían sido eliminadas —dos de ellas desterradas y la tercera masacrada—. Las guerras civiles del oasis habían exigido una solución, ciertamente, pero Ibn Ubayy estaba convencido de que si él hubiese sido designado rey habría sabido terminar con la discordia sin implicar a su gente en hostilidades más peligrosas. *“¡Y ahora estos refugiados empobrecidos habían tenido la desfachatez de obstaculizar el paso de sus benefactores al pozo! ¿Tan lejos habían llegado?”,* dijo Ibn Ubayy. *“Pretenden tener la precedencia sobre nosotros, nos excluyen de nuestro país, y nada se ajusta mejor a*

nosotros y a estos granujas del Quraysh que el viejo dicho: 'engorda a tu perro y se alimentará de ti'. ¡Por Allah!, cuando volvamos a Medina el más elevado y el más poderoso de nosotros expulsará al más bajo y al más débil". Un muchacho del Jazrach, llamado Zayd, que estaba sentado al borde del círculo, se fue derecho al Profeta y le contó lo que Ibn Ubayy había dicho. El Profeta empalideció, y Omar, que se encontraba con él, sugirió que debía mandar inmediatamente decapitar al traidor, pero le respondió Muhammad (saws): *"¿Y qué pasará, Omar, si los hombres dicen que Muhammad (saws) asesina a sus compañeros?"* Mientras tanto, uno de los Ansar había ido a ver a Ibn Ubayy para preguntarle si de hecho había dicho lo que el muchacho les había contado; Ibn Ubayy acudió rápidamente junto al Profeta y juró no haber dicho semejante cosa. Algunos jazrachies que se encontraban presentes hablaron también en su defensa, ansiosos de evitar problemas. El Profeta aparentó dar por zanjado el incidente, pero una forma más segura de evitar problemas era ocupar las mentes de los hombres en otras cosas, y dio órdenes de levantar el campamento inmediatamente.

Nunca antes se sabía que se hubiese puesto en marcha a esa hora; era poco después del mediodía, y, con breves paradas a las horas de las plegarias, prosiguieron la marcha bajo el calor de la tarde; luego, durante toda la noche, y desde el alba hasta que el calor del día siguiente se hizo inaguantable. Cuando por fin se les dijo que preparasen el campamento los hombres estaban demasiado cansados para hacer nada salvo dormir. Durante la marcha el Profeta confió a Saad ibn Ubadah —que para los musulmanes había ido reemplazando gradualmente a Ibn Ubayy como caudillo del Jazrach— que creía que el joven Zayd había dicho la verdad. *"Enviado de Allah",* dijo Saad, *"vos, si lo deseáis, lo podéis expulsar, porque él es el más bajo y el más débil y vos sois el más elevado y el más poderoso"*. Le pidió, sin embargo, que tratase con gentileza a Ibn Ubayy. El Profeta no tenía intención de volver a mencionar el incidente, pero poco después de su conversación con Saad el asunto se le escapó de las manos, porque sobre él descendió la Revelación y fue revelada la sura llamada de *"los Hipócritas"*, en la que uno de ellos es citado —aunque sin ser nombrado— como habiendo dicho las mismas palabras pronunciadas por Zayd. El Profeta, sin embargo, no dio a conocer esta sura hasta que hubieron regresado a Medina. De todas formas cabalgó hacia donde Zayd estaba, se inclinó hacia él, y tomándole del oído le dijo: *"Muchacho, tu oído escuchó bien, y Allah ha confirmado lo que dijiste"*.

Mientras tanto Abdallah, el hijo de Ibn Ubayy, se encontraba profundamente afligido porque se había enterado de que su padre había dicho aquellas palabras. También le habían contado que Omar había querido que el Profeta ajusticiase a su padre y temía que pudiera aprobarse la sentencia y darse la orden en cualquier momento. Fue, pues, al Profeta y le dijo: *"Enviado de Allah, me dicen que estás dispuesto a ejecutar a Abdallah ibn Ubayy. Si es necesario que lo hagas, entonces dame a mí la orden y yo te traeré su cabeza. El Jazrach sabe perfectamente que no hay entre ellos un hombre de mayor piedad filial hacia su padre que yo, y temo que si le das la orden a otro mi alma no soportaría ver al verdugo de mi padre caminando entre los hombres, y lo mataría, y habiendo así matado a un creyente por causa de un incrédulo entraría yo en el fuego del infierno"*. Pero el Profeta dijo: *"Por cierto que no, más bien tratémosle con gentileza y demos mucha importancia a su compañía mientras esté entre nosotros"* (Ibn Ishaq, 726-8).

El collar

Aishah y Umm Salamah habían acompañado al Profeta en esta expedición; y en una parada a la puesta del sol, dos o tres días después de la marcha forzada, un collar de ónice que llevaba Aishah se le desabrochó y se le escurrió al suelo sin ella advertirlo. Cuando se dio cuenta de la pérdida ya era demasiado de noche para ponerse a buscarlo, pero estaba poco dispuesta a irse sin él. Su madre se lo había colocado alrededor del cuello el día de su boda, y era una de sus posesiones más preciadas. El lugar carecía de agua y el Profeta sólo había pretendido hacer una breve parada, pero dio órdenes de acampar hasta el amanecer. La razón de este cambio de plan pasó de boca en boca, y no era poca la indignación que se experimentaba porque todo un ejército debiera mantenerse esperando en un lugar tan inhóspito por culpa de un collar. Algunos de los Compañeros fueron y se quejaron a Abu Bakr, que se sintió azorado y reprendió a su hija por la falta de cuidado con sus cosas. No había ningún pozo a mano, y los hombres ya habían usado todo el agua que llevaban consigo, pensando en llenar los pellejos y botellas en el campamento bien regado hacia el que se dirigían. No sería posible hacer la plegaria del alba, porque no tenían medio de hacer la ablución. Pero en las últimas horas de la noche se le reveló al Profeta el versículo de la purificación con tierra —un acontecimiento de incalculable importancia para la vida práctica de la comunidad—:

“¡Creyentes! No os acerquéis ebrios a la azalá. Esperad a que estéis en condiciones de saber lo que decís. No vayáis impuros -a no ser que estéis de viaje- hasta que os hayáis lavado. Y si estáis enfermos o de viaje, si viene uno de vosotros de hacer sus necesidades, o habéis tenido contacto con mujeres y no encontráis agua, recurrid a arena limpia y pasadla por el rostro y por las manos. Alá es perdonador, indulgente. ”

(IV. 43)

Los ánimos, que tanto se habían exaltado en toda la hueste, se aplacaron entonces; y Usayd exclamó: *“No es ésta la primera bendición que nos habéis traído, familia de Abu Bakr.”*

Ya era de día y el collar seguía sin aparecer por ningún sitio; pero cuando todas las esperanzas de hallarlo estaban perdidas y todo el mundo se iba preparado para partir sin él, el camello de Aishah se levantó de donde había estado arrodillado toda la noche, y allí estaba el collar en el suelo debajo de él.

Una de las siguientes acampadas fue en un agradable valle con largas extensiones de arena nivelada. Las dos tiendas del Profeta fueron levantadas como siempre a una cierta distancia de los demás, y aquel día le correspondía a Aishah el turno de estar con él. Posteriormente contó ella cómo él sugirió echar una carrera. *“Me recogí la túnica en torno mío”,* dijo ella, *“y el Profeta hizo lo mismo. Entonces corrimos, y él ganó la carrera”.* *“Ésta es por la otra carrera”,* dijo él, *“que me ganaste”.* Se refería al incidente que había sucedido en la Meca antes de la Hégira. Aishah añadió, a modo de explicación: *“Él había venido a casa de mi padre, y yo tenía algo en la mano, y él dijo: ‘Tráemelo aquí’, pero yo no quise y me escapé de él; él corrió detrás de mí, pero fui demasiado rápida para él”* (Waqidi, 427).

El cierre del collar de Aishah era inseguro, y en una de las últimas paradas antes de llegar a Medina volvió a caérsele. Sucedió cuando la orden de marcha ya había sido dada y ella se había alejado del campamento para satisfacer una llamada de la naturaleza. Cuando volvió, ella y Umm Salamah se sentaron en sus respectivas

literas, corrieron las cortinas y velaron sus rostros. Sólo entonces se dio cuenta Aishah de su pérdida, y, deslizándose cuidadosamente por debajo de la cortina, se volvió para buscarlo. Entre tanto, los hombres habían ensillado los camellos y los llevaron hacia las literas, que sujetaron con correas cada una a su montura. Estaban acostumbrados a una considerable diferencia de peso entre ambas —el de una mujer de treinta años comparado con el de una de catorce que era delgada para su edad— y no fueron capaces de advertir que en esta ocasión la más ligera de las dos literas era aún más ligera de lo normal; así pues se llevaron los camellos para que se uniesen a la marcha sin pensarlo dos veces. *“Encontré mi collar”,* dijo Aishah, *“regresé al campamento y no quedaba ni un alma allí”.* Me fui entonces a donde había estado mi litera pensando que me echarían de menos y volverían por mí, y mientras estaba allí sentada a mis ojos les venció la modorra y me quedé dormida. Allí yacía cuando pasó al lado Safwan el hijo de Muattal ⁽¹⁾. Se había rezagado del ejército por alguna razón y no había pasado la noche en el campamento. Dándose cuenta de mi presencia, se me acercó y se quedó de pie a mi lado. Había estado acostumbrado a verme antes de que el velo nos fuese impuesto, y cuando me reconoció dijo:

**“que, cuando les acaece una desgracia, dicen: "Somos de Alá y a Él
volvemos"!”**
(II. 156)

“Esta es la esposa del Enviado de Allah.” Su recitación del versículo del retorno la despertó, y cubrió su rostro con el velo. Safwan le ofreció su camello y la escoltó a pie hasta la siguiente parada. (Ibn Ishaq, 732; Muhammad ibn Ismail al- Bujari, LII, 15; Waqidi, 426-8).

Al llegar el ejército a la parada, la litera de Aishah había sido levantada de su montura y depositada sobre el suelo. Como la muchacha no salía de la litera habían supuesto que estaba durmiendo. Grande fue el asombro cuando ya casi concluida la parada, después de haber descansado los hombres, hizo ella su entrada en el campamento guiada por Safwan. Aquél fue el comienzo de un escándalo que habría de sacudir a Medina, y las lenguas de los hipócritas no se mostraron lentas en iniciarlo; pero por el momento el Profeta, Aishah y la mayoría de los Compañeros eran totalmente inconscientes del inminente trastorno.

El botín fue repartido como de costumbre, y uno de los cautivos era Yuwayriyah la hija de Harith, jefe del clan derrotado. Le fue dada a un Ansar, que fijó un elevado precio por su rescate, y acudió ella al Profeta para que interviniese en su favor. Aquel día se encontraba en el aposento privado de Aishah, que le abrió la puerta, y que dijo después relatando lo que había sucedido: *“Era una mujer de gran encanto y belleza. Ningún hombre la miraba sin que su alma no quedara cautivada, y cuando yo la vi a la entrada de mi estancia me embargaron los celos, porque sabía que el Profeta vería en ella lo que yo veía. Se presentó ante él y dijo: ‘Enviado de Allah, soy Yuwayriyah, la hija de Harith, el señor de su pueblo. Bien conoces la desgracia que sobre mí se ha abatido, y he venido a buscar tu ayuda en el asunto de mi rescate’, él respondió: ‘¿Querías algo mejor que eso?’ ‘¿Qué es mejor?’ le preguntó ella, y el Profeta respondió: ‘Que yo pague tu rescate y te despose.’”*(Ibn Ishaq, 729).

Yuwayriyah aceptó gustosa su oferta, pero el matrimonio todavía no había tenido lugar cuando llegó su padre con algunos camellos para el rescate. No eran todo el número que en principio había pensado ofrecer, porque en el valle de Aqiq, poco antes de llegar al oasis, había dirigido una última mirada a los hermosos animales y había quedado tan entusiasmado de admiración por dos de ellos que los había separado de los demás y los había ocultado en uno de los pasos del valle, incapaz de

resignarse a separarse de ellos. Los restantes se los llevó al Profeta y dijo: *"Muhammad (saws), os habéis apoderado de mi hija, y aquí está su rescate"* *"Pero ¿dónde están aquellos dos camellos que escondiste en Aqiq?"*, dijo el Profeta, y continuó describiendo con todo detalle el paso donde estaban atados. Entonces Harith dijo: *"Doy testimonio de que no hay Allah sino Allah, y de que tú, Muhammad (saws), eres el Enviado de Allah"*, y dos de sus hijos abrazaron con él el Islam. Envió por los dos camellos y se los dio con el resto al Profeta, que le devolvió a su hija. Entonces ella misma se convirtió al Islam, y el Profeta pidió a su padre que se la diese en matrimonio, lo cual hizo, y se construyó una estancia para ella. ('Abd al-Malik Ibn Hisham, 729).

Cuando se supo que los Baní al-Mustaliq se habían convertido en parientes del Profeta mediante el matrimonio, los Emigrados y los Ansar liberaron a sus cautivos que aún no habían sido rescatados. Aproximadamente un centenar de familias fueron liberadas. *"No sé de ninguna mujer"*, dijo Aishah refiriéndose a Yuwayriyah, *"que haya sido una mayor bendición para su pueblo que ella"* (Ibid, I.I.).

(1) Un joven de los Bani Sulaym que se había ido a vivir a Medina y se contaba, por tanto, entre los Emigrados.

La mentira

Poco después del regreso a Medina, Aishah cayó enferma. Para aquella época se repetía por toda la ciudad la calumnia que los hipócritas habían difundido contra ella y Safwan. Fueron pocos los que se la tomaron en serio, aunque entre los que lo hicieron se encontraba su propio primo Mistah, del clan de Muttalib. Pero tanto si se lo creían como si no, el caso es que todo el mundo, menos ella, estaba al corriente del asunto. Ella sin embargo, era consciente de una cierta reserva por parte del Profeta y echaba de menos la amorosa atención que le había prestado en anteriores enfermedades. Entraba en la habitación y decía a los que la cuidaban “¿Cómo están todos hoy?”, incluyéndola simplemente con los demás. Profundamente herida, pero demasiado orgullosa para quejarse, Aishah le pidió permiso para irse a casa de sus padres, donde su madre podría atenderla. “Como tú quieras”, le respondió el Profeta.

Para contar lo que sucedió con las propias palabras de Aishah: “Fui a mi madre sin saber nada de lo que se estaba diciendo, y me recuperé de mi enfermedad unos veinte días después. Entonces una tarde salí con la madre de Mistah —su madre era hermana de la madre de mi padre— y mientras caminaba a mi lado se tropezó con su túnica y exclamó: ‘¡Así se tropiece Mistah!’ ‘¡Por Allah!’, repliqué, ‘¡es malo decir eso de un hombre de los Emigrados que luchó en Badr!’ ‘¡Hija de Abu Bakr!’, dijo ella, ‘¿es posible que las noticias aún no te hayan llegado?’ ‘¿Qué noticias?’, pregunté. Entonces me contó lo que los calumniadores habían dicho, y cómo la gente lo andaba repitiendo. ‘¿Es eso posible?’, exclamé. ‘¡Por Allah, cierto que lo es!’ fue su respuesta, y me volví a casa llorando, y lloré sin parar hasta que pensé que mi llanto me reventaría el hígado. ‘¡Allah te perdone!’, le dije a mi madre. ‘¡La gente no para de hablar, y tú no me dices ni una palabra de ello!’ ‘Hijita’, me respondió, ‘no te lo tomes tan a pecho, porque raro es que haya una mujer hermosa casada con un hombre que la quiere sin que sus otras esposas murmuren acerca de ella y otros repitan lo que ellas dicen’. Me quedé, pues, despierta durante toda la noche, llorando sin parar” (Muhammad ibn Ismail al-Bujari, LII, 15).

Pero en realidad, a pesar de los celos que pudiera haber habido entre unas y otras, las esposas del Profeta eran todas mujeres piadosas, y ninguna de ellas tuvo nada que ver con la propagación de la calumnia. Al contrario, defendían a Aishah y hablaban bien de ella. De aquellos sobre quienes especialmente había que echar la culpa, el más próximo a la casa del Profeta era su prima Hamnah, hermana de Zaynab, que repetía la calumnia pensando que así fomentaba los intereses de su hermana, porque generalmente se pensaba que, de no ser por Aishah, Zaynab habría sido la esposa favorita del Profeta, y Zaynab sufría mucho por el celo mal entendido que su hermana le profesaba. Otro de los calumniadores, además de Mistah, era el poeta Hassan ibn Thabit, y en último término estaban Ibn Ubayy y los otros hipócritas que habían iniciado todo.

El Profeta esperó claramente una Revelación, pero al no producirse ninguna interrogó no sólo a sus esposas sino también a otras personas allegadas. Usamah, que tenía la misma edad que Aishah, habló enérgicamente en su defensa: “Todo esto es una mentira”, dijo, “No sabemos de ella sino cosas buenas”. Su madre, Umm Ayman, fue igual de enfática en su elogio de ella. En cuanto a Ali, dijo: “Allah no te ha puesto restricciones, y hay muchas mujeres además de ella. Pero pregúntale a su criada y ella te dirá la verdad”. El Profeta envió, pues, por ella y dijo: “¡Burayrah! ¿Has visto alguna vez algo en Aishah que pudiera hacerte sospechar de ella?”, respondió: “Por Aquél que os envió con la verdad, yo sólo sé el bien de ella, y si fuera de otra manera Allah informaría a Su Enviado. La única falta que puedo encontrar en Aishah es que es una muchacha aún con pocos años, y que cuando yo amaso pasta y le ordeno que la vigile se queda dormida y viene su corderito y se la come. Más de una vez la he reprendido por esto”.

La siguiente vez que el Profeta fue a la Mezquita subió al almimbar y después de alabar a Allah, dijo: “¡Gentes!, ¿qué decís de hombres que agravian a mi familia diciendo lo que no es cierto? ¡Por Allah, yo no conozco sino el bien de mi

familia y el bien igualmente del hombre sobre el que hablan, que nunca ha entrado en mi casa sin estar yo con él!". Apenas hubo hablado cuando Usayd se levantó y dijo: *"¡Enviado de Allah! Si son de Aws nosotros nos encargaremos de ellos, y si son de nuestros hermanos del Jazrach danos entonces tu orden, porque merecen que se les corte la cabeza".* Antes de que terminase, Saad ibn Ubadah ya estaba de pie, porque Hassan era de Jazrach, como lo eran los hombres que sutilmente habían tramado la calumnia al principio. *"¡Allah nos asista! ¡Mientes!",* dijo, *"No los vas a matar, ni puedes hacerlo. No habrías hablado así si hubieran sido de tu gente".* *"¡Por Allah, tú eres el mentiroso!",* replicó Usayd, *"Por cierto que los mataremos, y tú eres un hipócrita que se afana por defender a los hipócritas".* A esas alturas las dos tribus estaban a punto de llegar a las manos, pero el Profeta les señaló que desistieran, y bajando del almimbar tranquilizó a unos y a otros y los hizo marchar en paz.

Si Aishah se hubiera enterado de que el Profeta la había defendido en público desde el almimbar sin duda se habría consolado mucho. Pero entonces no supo nada de ello. Ella sólo sabía que estaba interrogando a otros sobre su caso, lo cual daba a entender que el Profeta no sabía qué pensar, y esto la afligía grandemente. No esperaba que él, por si mismo, mirase en su alma, porque Aishah sabía que el conocimiento que el Profeta tenía de las cosas ocultas le venía del otro mundo. No buscaba leer los pensamientos de los hombres; aun así, ella esperaba que supiese que su devoción por él era tal como para hacer imposible aquello de lo que la acusaban.

De cualquier manera, no era suficiente que él creyera en la inocencia de Aishah y Safwan. La situación era grave, y resultaba imperioso contar con la evidencia que convenciera a toda la comunidad. Para este fin Aishah misma había resultado ser la menos útil de todos los implicados. Ya era hora de que rompiese el silencio. No es que cualquier cosa que dijera fuese a resultar suficiente para resolver la crisis, pero el Corán había prometido que las cuestiones planteadas durante el período de su revelación serían respondidas. En el presente caso el Profeta no había parado de hacer preguntas —las mismas preguntas repetidas a diferentes personas—, aunque para que el Cielo diese la respuesta prometida quizás era necesario que la cuestión fuese planteada a la persona más directamente comprometida.

"Estaba con mis padres", dijo Aishah, *"y había estado llorando durante dos noches y un día, y mientras estaban sentados conmigo, una mujer de los Ansar preguntó si se podía unir a nosotros; dije que entrara, y lloró conmigo. Luego vino el Profeta y tomó asiento. No se había sentado conmigo desde que la gente comenzó a decir lo que decía de mí. Había pasado un mes, y no había recibido noticias del Cielo acerca de mí. Después de pronunciar la testificación 'No hay dios sino Allah', dijo: 'Aishah, me han contado tal y tal cosa referente a ti. Si eres inocente, con toda seguridad Allah declarará tu inocencia, y si has hecho algo malo, pide entonces el perdón de Allah y arrepíentete ante Él, porque verdaderamente si el siervo confiesa su pecado y luego se arrepiente Allah se apiada de él".* Tan pronto como hubo terminado de hablar mis lágrimas cesaron y le dije a mi padre: *"Responde al Enviado de Allah por mí",* y él dijo: *"No sé qué decir".* Cuando se lo pedí a mi madre contestó lo mismo. Yo apenas era una muchacha de corta edad, y no era mucho lo que podía recitar del Corán. Dije, pues: *"Bien sé que te has enterado de lo que los hombres dicen, y eso se ha asentado en tu alma, y lo has creído, y si te digo que soy inocente —y Allah sabe que lo soy— no me creerás, mientras que si confieso aquello de cuya culpa Allah sabe que estoy libre, me creerías".* Entonces traté de acordarme del nombre de Jacob, pero no pude conseguirlo y dije:

"Y presentaron su camisa manchada de sangre falsa. Dijo: "¡No! Vuestra imaginación os ha sugerido esto. ¡Hay que tener digna paciencia! Alá es Aquél Cuya ayuda se implora contra lo que contáis". "

(XII, 18).

Entonces me volví hacia mi lecho y me eché, esperando que Allah me declarara inocente. No es que pensase que enviaría una Revelación por mi causa,

porque me parecía que yo era demasiado insignificante como para que se hablase de mí caso en el Corán. Pero esperaba que el Profeta viera en su sueño una visión que me exculpase.

“Permaneció sentado en nuestra compañía y todos nosotros estábamos aún presentes cuando le vino una Revelación: de él se apoderaron los dolores que en tales ocasiones le sobrevenían, y le gotearon como perlas de sudor, aunque era un día frío. Luego, cuando se vio liberado de esta presión, dijo con una voz que vibraba de alegría: ‘¡Aishah, alaba a Allah, porque te ha declarado inocente!’. Entonces mi madre dijo: ‘Levántate y ve al Enviado de Allah’, y yo repliqué: ‘¡No por Allah, no me levantaré ni iré al Enviado de Allah, y sólo a Allah alabaré!’.” (Muhammad ibn Ismail al- Bujari, LII, 15).

Las palabras de disculpa eran:

“Los mentirosos forman un grupo entre vosotros. No creáis que se resolverá en mal para vosotros, antes, al contrario, en bien. Todo aquél que peque recibirá conforme a su pecado; pero el que se cargue con más culpa tendrá un castigo terrible. ”

Cuando las habéis recibido en vuestras lenguas, y vuestras bocas han dicho algo de que no teníais ningún conocimiento, creyendo que era cosa de poca monta, siendo así que para Alá era grave. Cuando lo habéis oído, ¿por qué no habéis dicho: "¡No tenemos que hablar de eso! ¡Gloria a Ti! ¡Es una calumnia enorme!"? Alá os exhorta, si sois creyentes, a que nunca reincidáis.

(XXIV, 11, 15-17)

La nueva Revelación también trataba sobre todo la cuestión del adulterio, y a la vez que prescribía la pena, prescribía también, como pena por difamar a mujeres honorables, el azotamiento de los calumniadores. Esta sentencia se cumplió en Mistah, Hassan y Hamnah, que habían sido los más explícitos en la difusión de la calumnia y que confesaron su culpa. Los hipócritas habían sido más insidiosos, aunque de forma implícita, y no confesaron haber tenido nada que ver, por lo que el Profeta prefirió no seguir con el asunto, sino dejarlo en manos de Allah.

Abu Bakr había tenido la costumbre de dar a su pariente Mistah una asignación en dinero debido a su pobreza, pero ahora dijo: *“Nunca más, por Allah, le daré a Mistah, y nunca volveré a mostrarle mi favor, después de lo que ha dicho contra Aishah y después de la aflicción que nos ha traído”*. Pero se produjo entonces la Revelación:

“Quienes de vosotros gocen del favor y de una vida acomodada, que no juren que no darán más a los parientes, a los pobres y a los que han emigrado por Alá. Que perdonen y se muestren indulgentes. ¿Es que no queréis que Alá os perdone? Alá es indulgente, misericordioso. ”

(XXIV, 22).

Entonces Abu Bakr dijo: *“Ciertamente anhelo el perdón de Allah para mí, y volvió a Mistah y le dio lo que había venido dándole y dijo: ‘¡Juro que nunca se lo retiraré!’”*. También el Profeta, después de pasado algún tiempo, mostró gran generosidad con Hassan, y casó a Hamnah, la viuda de Musab, con Talhah, del cual tuvo dos hijos.

El dilema del Quraysh

El Profeta ayunó el Ramadán en Medina y permaneció también allí el mes siguiente. Una noche de finales del mes soñó que entraba en la Kaabah con la cabeza rasurada, portando su llave en la mano. Al día siguiente se lo contó a sus Compañeros y les invitó a realizar con él la Peregrinación Menor (al-Umrah), y al punto se pusieron a hacer los preparativos para poder salir lo antes posible. Entre ellos adquirieron setenta camellos para sacrificarlos en el recinto sagrado. Después su carne sería distribuida entre los pobres de la Meca. El Profeta decidió llevar consigo a una de sus esposas; se echó a suertes y Umm Salamah resultó elegida. Entre los peregrinos también se encontraban las dos mujeres del Jazrach que habían estado presentes en el segundo pacto de Aqabah, Nusaybah y Umm Maní.

Cada hombre tomó consigo una espada y lo que podría necesitarse para la caza, pero Omar y Saad ibn Ubadah sugirieron, antes de partir, que debían ir completamente armados. El Quraysh, decían ellos, podría muy bien aprovechar la oportunidad para atacarlos, a pesar del mes sagrado. Aun así, el Profeta se negó, diciendo: *“Yo no llevaré armas. No me he puesto en camino nada más que para hacer la Peregrinación”*. En la primera parada pidió que le trajesen los camellos de sacrificio, y él mismo consagró uno de ellos, girándolo en dirección hacia la Meca, haciendo una señal en su ijada derecha y colocándole guirnalda alrededor del cuello. A continuación dio órdenes para que los demás fuesen consagrados de la misma forma. Después envió por delante a un hombre de Juzaah, del clan de Kaab, para que le trajese noticias de la reacción del Quraysh.

El Profeta llevaba la cabeza desnuda y ya se había puesto el antiguo vestido tradicional de peregrino, consistente en dos piezas de tela sin costuras: una ceñida alrededor de la cintura para cubrir la parte inferior del cuerpo y la otra recubriendo los hombros. Él se consagró entonces para la Peregrinación con dos ciclos de plegarias, después de lo cual comenzó a pronunciar el grito del peregrino: *“Labbayk Allahumma Labbayk”*, que significa *“Aquí estoy a Tu servicio, ¡Oh Allah!”*. Casi todos los demás siguieron su ejemplo, pero unos pocos prefirieron esperar hasta que hubieran avanzado algo más en su viaje, porque el estado de peregrino implicaba ciertas restricciones respecto a la caza.

Cuando el Quraysh se enteró de la partida de los peregrinos de Medina se llenaron de celos, como el Profeta había anticipado, e inmediatamente convocaron una reunión en la Asamblea. Nunca se habían encontrado ante semejante dilema. Si ellos, los guardianes del Santuario, impedían la llegada de más de un millar de peregrinos árabes a la Casa Sagrada, eso sería una flagrantísima violación de las leyes sobre las que se fundaba toda su grandeza. Por otro lado, si permitían a sus enemigos entrar en la Meca pacífica y cómodamente, ello significaría un inmenso triunfo moral para Muhammad (saws). La noticia se correría por toda Arabia y estaría en labios de todos, y serviría para colocar la corona de la derrota sobre el reciente fracaso de su ataque contra Medina. Quizás lo peor de todo, la realización de los antiguos ritos de estos peregrinos serviría para hacer la nueva fe más atractiva y confirmar su pretensión de ser la religión de Abraham. Tomando en consideración todas estas cosas, era incuestionable que no se les podía permitir venir. *“¡Por Allah, esto no se producirá”*, dijeron, *“mientras haya un solo ojo entre nosotros en el que quede un rayo de vida!”*.

Cuando los peregrinos llegaron a Usfan, el explorador que había sido enviado por delante se les reunió con las noticias de que el Quraysh había mandado a Jalid con

una tropa de doscientos jinetes para impedir su aproximación. El Profeta pidió entonces un guía que pudiera llevarlos por otro camino, y un hombre de Aslam los condujo un poco hacia la costa y luego por un sendero tortuoso y difícil hasta que llegaron al paso que permitía el acceso a Hudaybiyah, una extensión abierta de tierra por debajo de la Meca en el límite del territorio sagrado. Su rodeo les había mantenido fuera del alcance de la visión de Jalid, pero en un punto, cuando ya era demasiado tarde para que tomaran otra posición, levantaron tanto polvo que comprendió lo que había sucedido y galopó de vuelta a la Meca con sus hombres para advertir al Quraysh de que se aproximaban.

El Profeta había elegido a su camella favorita, Qaswa, para la peregrinación, y al llegar al final del paso se detuvo y se arrodilló. Las rocas resonaron con el grito de ¡Hal! ¡Hal!, proferido por muchos hombres, y que era lo que decían para hacer levantarse a los camellos. Pero ella permaneció como si hubiera echado raíces en la tierra. *“Qaswa es testaruda”*, decían, pero el Profeta sabía muy bien que era una señal de que no debían seguir más allá de Hudaybiyah, al menos por el momento. *“No es testaruda”*, dijo, *“no está en su naturaleza, sino que la retiene Aquél que retuvo al elefante”*. Y añadió, refiriéndose al Quraysh: *“Cualquier concesión que hoy me exijan que honre los derechos de Allah se la concederé”* (Ibn Ishaq, 741; Waqidi, 587). Luego habló a Qaswa, que se levantó rápidamente y le llevó hasta el límite de Rudaybiyah, seguido por los otros peregrinos. Allí les dijo que acamparan, pero prácticamente no había agua, tan sólo sus sedimentos en el fondo de uno o dos hoyos, y los hombres se quejaban de sed. El Profeta llamó a Nayiyah, el hombre de Aslam que estaba encargado de los camellos del sacrificio, y le dijo que le trajese un cubo con tanta agua como pudiese sacar del hoyo mayor, lo cual hizo. Después de realizar su ablución, el Profeta se enjuagó la boca y escupió el agua en el cubo. Luego, sacando una flecha de su aljaba, dijo: *“Llévate este agua y échala en las aguas del hoyo, luego agítalas con la flecha.”* Nayiyah hizo lo que le mandó, y al toque de la flecha brotó agua clara y fresca tan rápida y abundantemente que a punto estuvo de encontrarse sumergido antes de poder salir del hoyo. Los peregrinos se congregaron alrededor del borde y todos bebieron hasta saciarse e igual hicieron los animales.

Entre los peregrinos se encontraban uno o dos hipócritas, incluido Ibn Ubayy, y cuando éste se sentó a beber para saciar su sed, uno de sus compañeros de clan se dirigió a él diciendo: *“¡Maldito seas, padre de Hubab! ¿Aún no te has dado cuenta de cuál es tu posición? ¿Después de esto qué más necesitas?”* *“He visto cosas como ésta antes”*, dijo Ibn Ubayy y entonces el otro hombre le recriminó tan amenazadoramente que Ibn Ubayy fue con su hijo al Profeta para evitar problemas y decir que no se le había comprendido. Pero antes de que tuviera tiempo de hablar el Profeta le dijo: *“¿Dónde has visto algo semejante a lo que viste hoy?”*, respondió: *“Nunca he visto nada igual”*. *“Entonces”*, dijo el Profeta, *“¿por qué dijiste eso?”* *“Pido perdón a Allah”*, respondió Ibn Ubayy. *“¡Enviado de Allah!”*, dijo entonces su hijo, *“pide para él el perdón”*, y el Profeta así lo hizo (Waqidi, 589).

Satisfecha su sed, los peregrinos pronto estuvieron también en condiciones de comer hasta hartarse, gracias al obsequio de camellos y ovejas de dos jefes beduinos, cuya tribu, los Bani Juzaah, en un tiempo guardianes del Santuario, incluía los clanes de Aslam, Kaab y Mustaliq. Todos sin excepción estaban ahora bien dispuestos hacia el Profeta. Porque para los que aún no habían abrazado el Islam había en esta alianza una ventaja política que necesitaban para contrapesar el pacto que sus grandes enemigos, los Bani Bakr, tenían establecido desde hacía tiempo con el Quraysh. Esta situación pronto habría de dar lugar a acontecimientos de la mayor importancia. Por el momento, sin embargo, no había luchas entre Juzaah y Bakr, y Juzaah era tolerado

por el Quraysh, aunque al mismo tiempo era objeto de sospechas. Uno de sus hombres principales, Budayl Ibn Waraq, se encontraba en la Meca cuando llegaron las noticias de que los peregrinos estaban acampados en Hudaybiyah. Fue entonces con algunos hombres de su clan a ver al Profeta para informarle de la actitud del Quraysh. “Juran por Allah”, dijo, “que no dejarán el camino franco entre la Casa y tú, hasta que el último de sus guerreros haya perecido”. El Profeta dijo: *“No hemos venido aquí para pelear; solamente vinimos para efectuar nuestras vueltas de peregrinación alrededor de la Casa. Combatiremos a quien se interponga en nuestro camino, pero les daremos tiempo, si así lo desean, para que tomen sus precauciones y nos dejen el camino libre.”*

Budayl y sus compañeros regresaron a la Meca, y el Quraysh los recibió con un hosco silencio. Cuando hicieron intención de contarles lo que Muhammad (saws) les había dicho, Ikrimah, el hijo de Abu Yahl, dijo que no deseaba oírlo, ante lo cual Urwah, uno de los aliados de Thaqif —su madre era mequí— expresó que esta actitud era absurda. Safwan le dijo entonces a Budayl: *“Dinos qué has visto y qué has oído”*. Y éste les informó de las intenciones pacíficas de los peregrinos, y también de que el Profeta había dicho que estaba dispuesto a dar tiempo al Quraysh para prepararse para su llegada. A continuación dijo Urwah: *“Budayl os ha traído una concesión tan excelente que ningún hombre puede rechazarla sin perjudicarse. Aceptad, pues, los rumores que nos ha comunicado, pero enviadme a mí para traer confirmación directa de Muhammad (saws), y me fijaré en quienes están con él, y seré un explorador que os traerá nuevas de él.”*

El Quraysh aceptó su ofrecimiento, pero ya habían enviado como explorador al hombre que mandaba a todos sus aliados de las tribus beduinas, conocidos colectivamente como los Ahabish. Se trataba de Hulays de los Bani al-Harith, uno de los clanes de Kinanah. Él era quien había censurado a Abu Sufyan por las mutilaciones de Uhud. Cuando el Profeta lo vio llegar supo —ya por su modo de andar y su porte, ya por lo que había oído de él— que era un hombre de piedad, con un gran respeto por las cosas sagradas. Ordenó, pues, que los animales que tenían pensado sacrificar fuesen enviados a recibirlos, y cuando los setenta camellos pasaron en fila solemnemente junto a Hulays con las marcas de la consagración y los ornamentos festivos quedó tan impresionado que sin ir a hablar con el Profeta se volvió al punto con el Quraysh y les aseguró que las intenciones de los peregrinos eran por completo pacíficas. Exasperados, los mequíes le dijeron que él era simplemente un hombre del desierto y que no tenía ningún conocimiento de la situación. Esto fue un gran error en la táctica, como pronto comprendieron, aunque ya demasiado tarde. *“Hombres del Quraysh”,* dijo severamente, *“no consentimos en ser vuestros aliados para esto, y no juramos con vosotros nuestro pacto para esto. ¿Es posible que a quien viene a honrar la Casa de los dioses le sea impedido hacerlo? Por Aquél en cuyas manos está mi alma, o dejáis que Muhammad (saws) haga lo que ha venido a hacer o me lleve a los Ahabish, a todos ellos.”* “Aguanta con nosotros, Hulays”, le dijeron, *“hasta que alcancemos condiciones que puedan aceptar”*.

Mientras tanto, Urwah de Thaqif había llegado al campamento de los peregrinos y ya estaba manteniendo conversaciones con el Profeta. Sentado delante de él, comenzó tratándolo como a un igual y le agarró de la barba cuando se dirigió a él, pero Mugirah, uno de los Emigrados que estaba presente, lo golpeó en la mano con el plano de la espada, y la soltó. Unos momentos después, cuando se aventuró a tomar de nuevo la barba del Profeta, Mugirah le dio un golpe más fuerte, diciendo: *“Retira tu mano de la barba del Profeta ahora que todavía estás a tiempo”*. Urwah se abstuvo de tomarse más familiaridades con el Profeta, pero después de conversar con él durante

cierto tiempo permaneció en el campamento durante varias horas. Había prometido al Quraysh ser su explorador a la vez que su enviado, y estaba resuelto a tomar nota de todo. Pero lo que más le impresionó fueron cosas que no había venido a ver, cosas como las que no había visto nunca nada igual, y cuando regresó a la Meca dijo al Quraysh: *“¡Gentes! He sido mandado como enviado a reyes —a César, a Cosroes y al Negus— y no he visto ningún rey cuyos hombres le honren tanto como los compañeros de Muhammad (saws) honran a Muhammad (saws). Si él ordena algo, apenas lo ha ordenado cuando ya lo han cumplido. Cuando realiza la ablución, poco menos que se pelean por el agua sobrante. Cuando habla, sus voces callan en su presencia. No le miran directamente a la cara, sino que bajan sus ojos por respeto a él. Os ha ofrecido una excelente concesión, aceptadla, pues.”* (Muhammad ibn Ismail al- Bujari, LIV, 15; Waqidi, 593-600).

Mientras Urwah estaba aún en el campamento, el Profeta hizo montar a un hombre de Kaab llamado Jiras en uno de sus camellos y lo envió como emisario al Quraysh. Cuando llegó, Ikrimah desjarretó al camello, pero Hulays y sus hombres intervinieron y salvaron la vida del enviado, obligando al Quraysh a dejarlo volver con el Profeta. *“¡Enviado de Allah!”*, dijo al regresar, *“envía un hombre que esté mejor protegido que yo”*. El Profeta llamó a Omar, pero éste dijo que el Quraysh conocía bien su hostilidad hacia ellos, y que ninguno de su propio clan, los Bani Adi, era suficientemente fuerte para defenderlo. *“Pero os mostraré”*, dijo, *“un hombre que es más poderoso que yo en la Meca, más rico en parientes y mejor protegido: Uthman ibn Affan”*. El Profeta envió entonces a Uthman y fue bien recibido por sus parientes de Abdu Shams y por otros y, aunque le reiteraron su negativa a permitir que ninguno de los que se encontraban entonces en Hudaybiyah se acercase a la Kaabah, le invitaron personalmente a efectuar las vueltas de la peregrinación, lo cual rechazó. El Quraysh ya había enviado un mensaje a Ibn Ubayy, ofreciéndole a él también la misma concesión, pero respondió: *“Yo no hago mis vueltas alrededor de la Casa hasta que el Enviado de Allah haga las suyas”*. Al Profeta le agradó este gesto, del que fue puntualmente informado.

Una clara victoria

Fue durante la ausencia de Uthman en la Meca cuando le sobrevino al Profeta un estado comparable al que sentía cuando recibía una Revelación, pero que esta vez, a diferencia de lo que en estos casos solía ocurrirle, le dejó en plena posesión de sus facultades. Dio instrucciones a uno de sus Compañeros, que fue por todo el campamento proclamando: *“El Espíritu Santo ha descendido sobre el Enviado y ha ordenado fidelidad; id, pues, en el Nombre de Allah, a prestar juramento.”* (Waqidi, 604). Mientras tanto, el Profeta se había sentado bajo una acacia verde por las hojas primaverales que le estaban saliendo, y uno a uno los compañeros vinieron y le juraron fidelidad. El primer hombre en llegar fue Sinan, que era de la misma tribu que la familia de Yahsh, es decir de los Bani Asad ibn Juzaymah. El pregonero no había especificado nada acerca de la naturaleza del pacto, así pues, Sinan dijo: *“Enviado de Allah, te juro mi fidelidad a lo que hay en tu alma”,* y los otros juraron de igual forma. Luego el Profeta dijo: *“Juro la fidelidad de Uthman”,* y extendió su mano izquierda, como si fuera la mano de su yerno, y tomándola con su mano derecha hizo el pacto. Solamente uno de los presentes no respondió a la llamada del pregonero; fue el hipócrita Yadd ibn Qays, que intentó ocultarse detrás de su camello, pero fue visto.

El Quraysh envió entonces a Suhayl para concluir un tratado, y con él iban sus dos compañeros de clan Mikraz y Huwaytib. Conferenciaron con el Profeta y los Compañeros escucharon sus voces subir y bajar según si el punto en cuestión era de difícil o de fácil acuerdo. Cuando por fin hubieron alcanzado un acuerdo, el Profeta le dijo a Ali que escribiese los términos, comenzando por las palabras reveladas de consagración. Bismi Llahi al-Rahmani al-Rahim, *“En el nombre de Allah, el Clemente, el Misericordioso”,* pero Suhayl se opuso. *“En cuanto a Rahman”* dijo *“yo no sé qué es. Escribe, sin embargo, Bismik Allahumma, ‘en tu Nombre, oh Allah’, como tú solías escribir”.* Algunos de los compañeros exclamaron: *“¡Por Allah, no escribiremos sino Bismi Llahi al-Rahman al-Rahim!”*, pero el Profeta no les hizo caso, y dijo: *“escribe Bismik Allahumma”,* y siguió dictando: *“Estos son los términos de la tregua entre Muhammad (saws), el Enviado de Allah, y Suhayl el hijo de Amr”.* Pero de nuevo Suhayl protestó. *“Si supiéramos que eres el Enviado de Allah”,* dijo, *“no te habríamos impedido el acceso a la casa de Allah ni te habríamos combatido. Escribe, en vez de eso, Muhammad (saws) el hijo de Abdallah”.* Ali ya había escrito *“el Enviado de Allah”,* y el Profeta le dijo que borrarse esas palabras, pero Ali respondió que no podía. El Profeta le dijo entonces que le señalase con el dedo las palabras en cuestión, y él mismo las tachó; seguidamente le dijo que escribiera en su lugar *“el hijo de Abdallah”,* lo cual hizo.

El documento continuaba: *“Han acordado depositar en tierra la carga de la guerra durante diez años, durante los cuales los hombres estarán seguros y no tendrán pendencies, a condición de que si alguien del Quraysh acudiese a Muhammad (saws) sin permiso de su guardián, Muhammad (saws) se lo devolverá, pero aquél de los que están con Muhammad (saws) que se fuese con el Quraysh no será devuelto. No habrá ni subterfugios ni traiciones. Quien desee entrar en el vínculo y pacto de Muhammad (saws) podrá hacerlo, y quien desee entrar en el vínculo y pacto del Quraysh podrá hacerlo.”* Se encontraban presentes en aquellos momentos en el campamento algunos jefes de Juzaah que habían venido a visitar a los peregrinos, mientras que uno o dos representantes de Bakr habían seguido a Suhayl, y en este punto los hombres de Juzaah saltaron en pie y dijeron: *“Somos uno con Muhámmad(saws) en su vínculo y en su pacto”.* Los hombres de Bakr dijeron

entonces: *"Somos uno con el Quraysh en su vínculo y en su pacto"*. Y este acuerdo fue más tarde ratificado por los jefes de ambas tribus. El tratado concluía con las palabras: *"Tú, Muhammad (saws), te alejarás de nosotros este año, y no entrarás en la Meca cuando estemos presentes a pesar de nosotros. Pero el año próximo nosotros saldremos de la Meca y tú entrarás con tus Compañeros, permaneciendo en ella tres días, no portando más armas que las del viajero, las espadas envainadas"* (Ibn Ishaq, 747-8).

En virtud de la visión del Profeta, los Compañeros habían tenido la certeza del éxito de la expedición, y cuando supieron los términos del tratado y comprendieron que después de haber alcanzado el mismo linde del recinto sagrado tenían que regresar ahora a casa con las manos vacías, fue casi más de lo que podían soportar. Pero lo peor aún no se había producido: mientras estaban sentados en un silencio hosco y explosivo, se escuchó un rechinar de cadenas y un joven penetró tambaleándose en el campamento con los pies trabados. Era Abu Yandal, uno de los hijos menores de Suhayl. Su padre lo había privado de la libertad a causa de su Islam, temiendo que escapase a Medina. Su hermano mayor Abdallah se encontraba entre los peregrinos y estaba a punto de darle la bienvenida, cuando Suhayl agarró la cadena que rodeaba el cuello del prisionero y le golpeó con violencia en la cara. Entonces se volvió hacia el Profeta y dijo: *"Nuestro acuerdo fue concluido antes de que viniera a ti este hombre"*. *"Es cierto"*, dijo el Profeta. *"Devuélvenoslo entonces"*, dijo Suhayl. *"¡Musulmanes!"*, gritó Abu Yandal con todas sus fuerzas, *"¿tengo que ser devuelto a los ídólatras para que me persigan a causa de mi religión?"*. El Profeta llevó a Suhayl aparte y le pidió como un favor que permitiese a su hijo irse en libertad, pero Suhayl se negó rotundamente. Sus compañeros de embajada, Mikraz y Huwaytib, se habían mantenido hasta entonces en silencio, pero sintiendo que este incidente era un comienzo de mal augurio para la tregua, se decidieron a intervenir. *"¡Muhammad (saws)!"*, dijeron, *"le damos nuestra protección en tu nombre"*. Esto significaba que lo hospedarían con ellos, lejos de su padre, y cumplieron su promesa. *"Ten paciencia, Abu Yandal"*, dijo el Profeta, *"con toda seguridad Allah os dará a ti y a quienes están contigo ayuda y una salida. Hemos llegado a un acuerdo sobre los términos de una tregua con esta gente, y les hemos dado nuestra solemne promesa del mismo modo que ellos a nosotros, y no vamos a romper ahora nuestra palabra."*

En este punto Omar no pudo contenerse por más tiempo. Se levantó, se dirigió hacia el Profeta y dijo: *"¿No eres el Profeta de Allah?"*; él respondió: *"Sin duda"*. *"¿No está de nuestra parte la verdad mientras que nuestros enemigos están en el error?"*, preguntó; y el Profeta asintió de nuevo. *"Entonces, ¿por qué nos sometemos de este acuerdo que tanto desmerece y afecta el honor de nuestra religión?"*, dijo Omar. A lo cual el Profeta respondió: *"Yo soy el Enviado de Allah y no le desobedeceré. Me dará la victoria."* *"Pero, ¿no nos dijiste que iríamos a la Casa y daríamos las vueltas alrededor de ella?"*, insistió Omar. *"Así es"*, contestó el Profeta, *"pero ¿te dije que iríamos este año?"* Omar reconoció que no. *"Por cierto que irás a la Casa"*, dijo el Profeta, *"y darás tus vueltas a su alrededor"*. Pero Omar seguía hirviendo de indignación y se fue a Abu Bakr para desahogarse aún más. Le planteó exactamente la misma cuestión que había planteado al Profeta, pero aunque Abu Bakr no había oído las respuestas, le respondió cada pregunta con las mismas palabras, y al final añadió: *"Aférrate, pues, a su estribo, porque, por Allah, tiene razón"*. Esto impresionó a Omar, y aunque sus sentimientos todavía no se habían calmado, no volvió a darles salida, y cuando el Profeta le convocó para que pusiese su nombre en el tratado, lo firmó en silencio. El Profeta también le dijo a Abdallah, el hijo de Suhayl, que pusiese su nombre en él. Otros musulmanes que lo firmaron fueron Ali, Abu Bakr, Abd al-Rahman ibn Awf y Mahmud ibn Maslamah.

Algo de la amargura general parecía haberse pasado, pero cuando Suhayl y los otros abandonaron el campamento, llevándose con ellos al lloroso Abu Yandal, el ánimo de los hombres volvió a encenderse. El Profeta se encontraba en un lugar aparte, con quienes habían sellado el documento. Les dejó entonces y se encaminó hacia el cuerpo principal de peregrinos. *“Levantaos y sacrificad vuestros animales”,* les dijo, *“y afeitad vuestras cabezas”.* Nadie se movió, y lo repitió una segunda y una tercera vez, pero ellos simplemente lo miraron en silencio entre aturridos y asombrados. No se trataba de una rebelión por su parte, pero después de que sus expectativas hubieran quedado destrozadas por el giro de los acontecimientos, se encontraban verdaderamente perplejos por la orden de hacer algo que sabían que era ritualmente incorrecto, porque según la tradición de Abraham los sacrificios tenían que realizarse dentro del territorio sagrado, y lo mismo se aplicaba al rito del afeitado de la cabeza. Sin embargo, su aparente desobediencia desconcertó al Profeta, que se retiró a su tienda y le contó a Umm Salamah lo que había sucedido. *“Sigue adelante”,* dijo ella, *“y no hables a nadie hasta que hayas hecho tu sacrificio”.* El Profeta se dirigió, pues, al camello que él mismo había consagrado y lo sacrificó, diciendo en voz alta, de forma que los hombres pudieran oír: Bismi-Llah, Allahu Akbar. En cuanto pronunció estas palabras los hombres se incorporaron de un salto y corrieron hacia sus camellos para realizar sus sacrificios, tropezando y cayendo unos encima de otros en su deseo de obedecer, y cuando el Profeta llamó a Jirash —el hombre de Juzaah que había enviado a la Meca antes de Uthman— para que le rasurase la cabeza, muchos de los Compañeros comenzaron a afeitarse la cabeza unos a otros con tanto vigor que Umm Salamah temió, como más tarde observaría, que pudieran ocasionarse heridas mortales. Pero algunos de ellos solamente se cortaron mechones del cabello, pues sabían que esto se aceptaba tradicionalmente como un sustituto. Mientras tanto el Profeta se había retirado a su tienda con Jirash, y cuando el rito hubo sido realizado salió a la entrada con el cráneo afeitado y dijo: *“¡Allah tenga misericordia de los que se afeitan las cabezas!”* Ante lo cual, los que se habían cortado el pelo protestaron: *“¡Y de los que se cortan el pelo, Enviado de Allah!”* Pero el Profeta repitió lo que había dicho en primer lugar, y las voces de protesta se elevaron aún más. Luego, después de otra repetición y una tercera protesta atronadora, añadió: *“Y de los que se cortan el pelo”.* Cuando se le preguntó después por qué en un principio sólo había pedido por los que se rasuran la cabeza, respondió: *“Porque ellos no dudaron.”*

De vuelta a su tienda, el Profeta recogió del suelo su exuberante cabello negro y lo arrojó sobre un arbusto cercano denominado mimosa. Los hombres se apelotonaron alrededor, decididos a tomar lo que pudieran por su bendición. Nusaybah no estaba dispuesta a estar aventajada por los hombres, y ella también se encaminó hacia el árbol y pudo agarrar algunos mechones, que atesoró hasta el día de su muerte.

Una vez que se hubieron puesto en marcha de regreso a Medina, la conciencia comenzó a molestar a Omar, y su preocupación aumentó grandemente cuando cabalgó hasta el Profeta con el propósito de entablar conversación con él, y el Profeta, eso le pareció, se mostró marcadamente distante y reservado. Omar siguió cabalgando por delante, diciéndose: *“¡Omar, que tu madre llore a su hijo!”* Con posterioridad dijo que se encontraba tan preocupado por haber puesto en duda la sabiduría del Profeta que temió que se produjera una Revelación especial condenándolo. Sus temores llegaron al límite cuando escuchó detrás de él los cascos de un caballo al galope, y el jinete lo llamó para que volviese junto al Profeta. Pero sus angustias se desvanecieron en un instante cuando vio el semblante del Profeta radiante de alegría. *“Ha descendido sobre mí un sura”,* dijo, *“que me es más querida que todo cuanto existe bajo el sol”.*

La nueva Revelación no dejaba duda de que la expedición de los que ahora regresaban tenía que considerarse victoriosa, porque se abrió con las palabras:

“Te hemos concedido un claro éxito.”
(XLVIII, 1)

También hablaba del reciente pacto de fidelidad:

“Alá ha estado satisfecho de los creyentes cuando éstos te han jurado fidelidad al pie del árbol. Él sabía lo que sus corazones encerraban e hizo descender sobre ellos la sakina, prometiéndoles, como recompensa, un éxito cercano”
(XLVIII, 18)

La satisfacción Divina a la que se refiere era nada menos que la promesa del Ridwan para quien fuera fiel a su pacto, y así esta lealtad beatífica se conoce como el Pacto del Ridwan. El descenso de la Sakîna ⁽¹⁾; el Espíritu de Paz, se menciona también en otro versículo:

“Él es Quien ha hecho descender la sakina en los corazones de los creyentes para incrementar su fe. Las legiones de los cielos y de la tierra son de Alá. Alá es omnisciente, sabio.

Para introducir a los creyentes y a las creyentes en jardines por cuyos bajos fluyen arroyos, en los que estarán eternamente, y borrarles sus malas obras. Esto es, para Alá, un éxito grandioso. ”
(XLVIII, 4-5)

La visión del Profeta que había originado la expedición es mencionada como sigue:

“Alá ha realizado, ciertamente, el sueño de su Enviado: "En verdad, que habéis de entrar en la Mezquita Sagrada, si Alá quiere, en seguridad, con la cabeza afeitada y el pelo corto, sin temor". Él sabía lo que vosotros no sabíais. Además, ha dispuesto un éxito cercano.”
(XLVIII, 27)

(1) En hebreo, “Shekinah”

Después de Hudaybiyah

Abu Basir, de los Bani Thaqif, era un joven cuya familia había venido de Taif y se había establecido en la Meca como confederada de los Bani Zuhrah. Había abrazado el Islam y lo habían encarcelado, pero consiguió escaparse y se dirigió a Medina a pie, llegando allí poco después del regreso del Profeta de Hudaybiyah. Pronto fue seguido por un emisario del Quraysh que exigió su devolución. Al tiempo que le daba a Abu Basir las mismas palabras de consuelo que había dado a Abu Yandal, el Profeta le dijo que el tratado le obligaba a ponerle en manos del emisario. Los Compañeros, incluido Omar, estaban más o menos resignados a los términos del tratado, de forma que cuando vieron al emisario y a un esclavo liberto que se había traído como ayuda para llevarse a Abu Basir, los Emigrantes y los Ansar presentes repitieron serenamente las palabras del Profeta: *“¡Ánimo! Sin duda Allah te encontrará una salida”*.

Sus esperanzas se realizaron antes de lo esperado. A pesar de su juventud, Abu Basir era un hombre ingenioso y en la primera parada logró apoderarse de la espada del emisario y darle muerte, en vista de lo cual el liberto, de nombre Kauthar, huyó precipitadamente de vuelta a Medina. Penetró en la Mezquita sin oposición y se arrojó a los pies del Profeta, que en aquel momento se encontraba allí y que dijo al verlo aproximarse: *“Este hombre ha visto algo terrible”*. Kauthar relató con voz entrecortada que su compañero había sido muerto, y que él mismo estaba casi muerto, y poco después apareció Abu Basir con la espada desenvainada en la mano. *“¡Profeta de Allah!”*, dijo, *“vuestra obligación ha sido cumplida. Me devolvisteis a ellos y Allah me ha liberado.”* *“¡Ay de su madre!”* ⁽¹⁾, dijo el Profeta. *“Qué buen agitador para la guerra, si tuviera otros hombres con él”*. Pero si el Quraysh enviaba más emisarios para exigir su regreso se vería obligado a obedecer, como ya había hecho en la primera ocasión. Semejante idea, sin embargo, estaba lejos de pasarsele por la mente a Abu Basir, que sugirió entonces que las armas y la armadura del hombre muerto debían ser consideradas como botín junto con los camellos, divididas en cinco partes y distribuidas según la ley. *“Si hiciera eso”*, dijo el Profeta; *“sostendría que no había cumplido los términos que juré guardar”*. Entonces se volvió hacia el atemorizado sobreviviente de los dos mequíes. *“El botín tomado de tu compañero es cuenta tuya”*, dijo. *“Y llévate a este hombre de vuelta con aquellos que te enviaron”*, añadió, señalando a Abu Basir. Kauthar se puso pálido: *“¡Muhammad! (saws)”*, dijo, *“aprecio mi vida. Mi fuerza no es bastante para él, y no tengo las manos de dos hombres”*. Los musulmanes habían cumplido con su obligación, pero el representante del Quraysh se había negado a hacerse cargo del prisionero. Por consiguiente, el Profeta se dirigió a Abu Basir y le dijo: *“Ve adonde quieras”*.

Se puso en camino hacia las costas del Mar Rojo, con las palabras *“si tuviera otros hombres con él”* aún en sus oídos. No fue el único en tomar nota de esta velada autorización e instrucción. Omar había estado atento a lo que se había dicho y se las ingenió para hacer llegar las palabras del Profeta a los musulmanes de la Meca, junto con la información acerca del paradero de Abu Basir, información que obtuvo de hombres amigos de las tribus costeras que vinieron a Medina. Ahora el hijo de Suhayl, Abu Yandal, ya no se encontraba estrechamente custodiado por sus protectores como lo había estado por su padre, y de cualquier manera el tratado había supuesto un relajamiento general de la vigilancia en la Meca sobre los jóvenes prisioneros musulmanes, porque Muhammad (saws) había mostrado que si escapaban a Medina él mantendría su palabra y los devolvería. Abu Yandal se fue hacia donde se encontraba Abu Basir, y otros jóvenes hicieron lo mismo, incluido Walid, el hermano de Jalid. Abu Basir estableció con ellos un campamento en un punto estratégico sobre la ruta caravanera mequí hacia Siria. Le reconocieron como su guía, y él los dirigía en la

plegaria y les aconsejaba en asuntos relativos a los ritos y a otros aspectos de la religión, porque muchos de ellos eran conversos recientes; lo respetaban sobremanera y le obedecían con gusto. El Quraysh se había alegrado mucho por el restablecimiento de la seguridad en su ruta favorita hacia el norte. Pero no menos de setenta jóvenes se unieron al campamento de Abu Basir, y se convirtieron en el terror de las caravanas. Finalmente, después de haber sufrido la pérdida de muchas vidas y muchas mercancías, el Quraysh envió una misiva al Profeta pidiéndole que protegiera a aquellos bandoleros en su comunidad, y prometiendo que no exigirían su devolución a la Meca. El Profeta escribió entonces a Abu Basir para decirle que podía venir a Medina con sus compañeros. Pero mientras tanto el joven jefe había caído gravemente enfermo, y cuando llegó la carta la muerte se cernía sobre él. La leyó y falleció asíéndola entre sus manos. Sus compañeros hicieron la plegaria sobre él, lo enterraron e hicieron una mezquita en el lugar de su enterramiento. Luego se fueron a unirse al Profeta en Medina. (Waqidi, 624-9; Muhammad ibn Ismail al-Bujari, LIV; Ibn Ishaq, 751-3).

Cuando llegaron a la extensión de lava, el camello de Walid tropezó y lo arrojó al suelo, de forma que se cortó el dedo con una piedra. Mientras se lo vendaba, se dirigió a él en verso, diciendo:

*“Qué eres sino un dedo del que mana sangre
sin ninguna otra herida en la vía de Allah.”*

Pero el corte se ulceró y la herida resultó ser mortal. Sin embargo, antes de morir pudo escribir una carta a su hermano Jalid, apremiándole a convertirse al Islam.

Solamente una mujer musulmana escapó de la Meca en aquel tiempo y se refugió en Medina, y ella fue la medio hermana de Uthman, Umm Kulthum, hija de su misma madre Arwa y de Uqbah, al cual habían matado en el camino de Badr. Pero se produjo entonces una Revelación prohibiendo la devolución de cualquier mujer creyente a los incrédulos, de modo que cuando los hermanos uterinos acudieron a llevársela de vuelta, el Profeta se negó a permitirselo, y el Quraysh aceptó su negativa sin protestar. En el tratado no se había mencionado para nada a las mujeres. Luego Zayd, Zubayr y Abd al-Rahman ibn Awf pidieron su mano en matrimonio, y el Profeta le aconsejó que se casara con Zayd, lo cual hizo.

En el mes que siguió al tratado, Aishah y su padre sufrieron una gran pérdida, que pronto habría de ser seguida por un motivo de gran alegría. Umm Ruman enfermó y murió. Fue enterrada en el Baqi, y el Profeta hizo la plegaria sobre ella y descendió a su tumba. Inevitablemente, las noticias de la muerte llegaron a la Meca y a oídos de su hijo, Abd al-Kaabah, y es posible que la aflicción lo impulsase a realizar una acción que sin duda alguna había estado meditando durante algún tiempo. Sea como fuere, poco después de la muerte de su madre se fue a Medina y abrazó el Islam. Cuando juró fidelidad, el Profeta le cambió el nombre por Abd al-Rahman.

No fue el único nuevo musulmán en aquella época; a medida que pasaban las semanas y los meses, se hacía más y más manifiesto por qué el Corán había declarado que la tregua era una clara victoria. Los hombres de la Meca y Medina podían verse en paz y conversar libremente juntos, y durante los dos años siguientes la comunidad del Islam se incrementó en más del doble.

Poco después del regreso de los peregrinos, había sido revelado un versículo que regocijó a todos:

“Quizá establezca Alá la amistad entre vosotros y los que de ellos tenéis por enemigos. Alá es capaz, Alá es indulgente, misericordioso. ”

(LX, 7)

Estas palabras parecían referirse en general a las muchas conversiones que tuvieron lugar entonces. Pero algunos también las tomaron como refiriéndose en particular a una inesperada y estrecha relación que había de establecerse entre el Profeta y uno de los jefes del Quraysh.

Unos pocos meses antes de Hudaybiyah había llegado de Abisinia la noticia de la muerte de Ubaydallah ibn Yahsh, el primo y cuñado del Profeta. Había sido cristiano antes de convertirse al Islam, y poco después de su emigración a Abisinia había vuelto al cristianismo. Esto había apenado mucho a su esposa Umm Habibah, hija de Abu Sufyan, que seguía siendo musulmana. Al cabo de cuatro meses de la muerte de su marido, el Profeta envió un mensaje al Negus, pidiéndole que actuase como apoderado suyo y que ratificase un matrimonio entre él y la viuda, si ella quería. A ella el Profeta no le envió ningún mensaje directamente, pero tuvo un sueño en el que alguien se le acercaba y se dirigía a ella como *“madre de los creyentes”*. Umm Habibah lo interpretó como que se convertiría en esposa del Profeta. Al día siguiente recibió el mensaje del Negus confirmándole su sueño, ante lo cual eligió a su pariente Jalid ibn Said para darla en matrimonio, y él y el Negus solemnizaron el pacto entre ellos en presencia de Yafar y otros de los hermanos. Luego, el Negus dio un banquete nupcial en su alcázar, y todos los musulmanes fueron invitados.

El Profeta también había enviado un mensaje a Yafar, comunicándole que le agradaría mucho que él y su comunidad se fuesen a vivir a Medina. Yafar inmediatamente se puso a hacer los preparativos para el viaje, y el Negus les dio las embarcaciones. Se decidió que Umm Habibah debía viajar con ellos, y en Medina se comenzó a trabajar para construirle una estancia junto a las de las otras esposas.

El Negus no era el único príncipe reinante al que el Profeta envió una carta en aquella época. Cuando hendió la roca aparentemente inquebrantable, tuvo la visión de los alcázares del Yemen por la luz que de ella salió al darle el primer golpe, mientras que por la luz que brilló a causa de su tercer y último golpe vio el palacio de Cosroes, en Madain. En cuanto a la certeza que entonces recibió sobre la futura expansión del imperio del Islam, existía una conexión entre estas dos luces, ya que el Yemen se encontraba entonces bajo el imperio de Persia, y el Profeta se sintió impelido a escribir al monarca persa, informándole de su misión profética e invitándole al Islam. Posiblemente no abrigaba muchas esperanzas sobre el éxito de su mensaje, pero era necesario ofrecerle la posibilidad de hacer la elección correcta antes de tomar cualquier otra medida.

Por lo que se refiere a la segunda de las tres luces, había revelado los castillos de Siria, y de ello había recibido el Profeta la certeza de la difusión del Islam en aquellas tierras y también en el Occidente. Llegado el momento enviaría una carta parecida a Heraclio, el emperador romano, y dictó entonces otra carta semejante que envió al Muqawqis de Alejandría, el gobernante de Egipto.

Mientras tanto, Cosroes se había enterado por otras fuentes del creciente poder de un monarca árabe de Yathrib que afirmaba ser un profeta. Envío, pues, una orden a Badah, su virrey en el Yemen, pidiéndole una información mayor y más detallada sobre Muhammad (saws). Inmediatamente, Badah mandó dos emisarios a Medina para que viesan por sí mismos y le trajesen noticias. Siguiendo una moda que prevalecía en la

corte persa, se habían afeitado la barba y llevaban largos mostachos. Su aspecto le resultó aborrecible al Profeta. *“¿Quién os ordenó hacer eso?”*, exclamó. *“Nuestro señor”*, dijeron refiriéndose a Cosroes. *“Mi Señor”*, dijo el Profeta, *“me ha ordenado dejarme crecer la barba y recortarme el bigote.”* Les mandó entonces que se marcharan y que volviesen a verle al día siguiente. Aquella noche Gabriel le comunicó que aquel mismo día había tenido lugar una insurrección en Persia en la que Cosroes había muerto y su hijo reinaba ahora en su lugar. Así pues, cuando regresaron los enviados les habló de esto y les ordenó que informasen a su señor el virrey. Luego dijo: *“Decidle que mi religión y mi imperio sobrepasarán al reino de Cosroes, y decidle también de mi parte: Abraza el Islam, y te confirmaré en lo que tienes, y te nombraré rey sobre tu pueblo del Yemen.”*

Volvieron a Saná, sin saber muy bien qué pensar, y le comunicaron el mensaje a Badah, quien dijo: *“Veremos qué sucede. Si lo que ha dicho es verdad, entonces es un Profeta enviado por Allah”*. Pero incluso antes de que tuviera tiempo de enviar a un hombre a Persia para averiguar la verdad del asunto llegó un mensajero de Siroes, el nuevo Shah, anunciando lo que había sucedido y exigiendo fidelidad. En lugar de responder, Badah se convirtió al Islam y lo mismo hicieron sus dos enviados y otros persas que se encontraban con él. Envió entonces un mensaje a Medina, y el Profeta confirmó su autoridad sobre el Yemen. Ese fue el comienzo del cumplimiento de lo que había sido revelado en el primer resplandor de luz del foso.

La carta del Profeta llegó a Madain después de la muerte de Cosroes y, en consecuencia, fue entregada a su sucesor, cuya única respuesta fue romperla: *“¡Señor, arráncale su reino del mismo modo!”*, dijo el Profeta al enterarse de su acción.

Durante estas mismas semanas que siguieron al regreso de los peregrinos se produjo un ataque contra la vida del Profeta mediante un procedimiento que aún no se había empleado contra él. En todas las generaciones de los judíos en Arabia se podía encontrar a uno o dos adeptos a la ciencia de la magia, y uno de éstos estaba entre los judíos que aún vivían en Medina. Se llamaba Labid y era un experto brujo que también había instruido a sus hijas en el sutil arte, por temor a que sus conocimientos muriesen con él. Labid recibió entonces una fuerte suma de dinero para arrojar sobre el Profeta un hechizo lo más mortífero posible. Para este propósito necesitaba algunos cabellos suyos, lo cual él mismo o una de sus hijas se lo procuró, posiblemente por medio de alguien del todo ajeno a lo que tramaban. Hizo once nudos en el pelo, y sus hijas soplaron maldiciones sobre cada uno. Luego lo ató a una ramita de datilero macho que tenía la vaina externa del polen, y lo arrojó en un profundo pozo. El hechizo solamente podía deshacerse desatando los nudos.

El Profeta pronto fue consciente de que algo andaba seriamente mal. Por un lado, su memoria comenzó a fallarle, mientras que por otro comenzó a imaginar que había hecho cosas que en realidad no había hecho. También se sintió abrumado por la debilidad, y cuando le insistían para que comiera era incapaz de hacerlo. Pidió a Allah para que lo curase, y en su sueño fue consciente de dos personas, una sentada a su cabeza y la otra a sus pies. Escuchó cómo una de ellas informaba a la otra de la causa exacta de su enfermedad y del nombre del pozo (Muhammad ibn Ismail al- Bujari, LIX, 10). Cuando se despertó recibió la visita de Gabriel y, confirmándole su sueño, le dio dos suras del Corán, una de cinco y otra de seis aleyas. El Profeta envió a Ali al pozo, diciéndole que recitase sobre él las dos suras. Con cada aleya se fue desatando a sí mismo cada nudo hasta que todos quedaron sueltos, y el Profeta recobró toda su fortaleza física y mental. ⁽²⁾.

La primera de las dos azoras es:

**Di: "Me refugio en el Señor del alba
del mal que hacen sus criaturas,
del mal de la oscuridad cuando se extiende,
del mal de las que soplan en los nudos,
del mal envidioso cuando envidia".
(CXIII, 4)**

La segunda es:

**Di: "Me refugio en el Señor de los hombres,
el Rey de los hombres,
el Dios de los hombres,
del mal de la insinuación, del que se escabulle,
que insinúa en el ánimo de los hombres,
sea genio, sea hombre".
(CXIV). ⁽³⁾**

Estas suras están situadas al final del todo en el Corán. Se las denomina "*las dos tomas de refugio*", y se recitan continuamente para conseguir protección contra toda clase de mal.

El Profeta ordenó que se secase el pozo y que fuese excavado otro cerca para reemplazarlo. Envió por Labid, que confesó haberle puesto el hechizo a causa de un soborno, pero no tomó ninguna medida contra él.

(1) Elipsis empleada a menudo con el sentido de: "este hombre es tan extremista que su madre pronto tendrá que llorar su muerte".

(2) *Baydawi, sobre Corán CXIII, 4.*

(3) *Según algunas autoridades, estos dos suras que fueron recitadas en esta ocasión no fueron reveladas por primera vez entonces, sino que ya lo habían sido en la Meca antes de la Hégira.*

¿A quién amas tú más?

Cuando el ejército victorioso llegó a Medina, después de una ausencia de siete semanas, encontraron que Yafar y sus compañeros ya estaban allí. Había partido para Abisinia a la edad de veintisiete años y ahora era un hombre de cuarenta. Hacía trece años que no veía al Profeta, aunque se habían mantenido en constante comunicación. El Profeta le estrechó contra sí y lo besó en los ojos. Entonces dijo: *“No sé por cuál de las dos es mayor mi alegría, si por la llegada de Yafar o por la victoria de Jaybar”*. Con Yafar estaban su mujer Asma y sus tres hijos, Abdallah, Muhámmad y Awn, que habían nacido en Abisinia.

También estaba con él Umm Habibah, cuya estancia ya estaba preparada para recibirla, y se celebró un segundo banquete de bodas para celebrar su unión con el Profeta. Tenía entonces ella unos treinta y cinco años. Las otras esposas, todas excepto Aishah, la habían conocido en la Meca. Era, además, cuñada de Zaynab, y Sawdah y Umm Salamah habían sido sus compañeras íntimas en los primeros días que pasaron juntas en Abisinia. Su llegada había sido muy esperada. Aun así, hubo algo que causó mucha más preocupación en las mujeres: la inesperada incorporación a la familia de la joven y hermosa Safiyyah. A su llegada a Medina, el Profeta la hospedó temporalmente en una de las casas del siempre hospitalario Harithah. Al enterarse de su belleza, Aishah envió por Umm Salamah para preguntarle acerca de su nueva compañera. *“Es muy hermosa”,* dijo Umm Salamah, *“el Enviado de Allah la ama mucho”*. Aishah se fue a la casa de Harithah y entró con el tropel de mujeres que estaban visitando a la nueva esposa. Aishah iba velada y permaneció sin revelar su identidad durante un tiempo, al fondo, pero lo bastante cerca para ver por sí misma que lo que había dicho Umm Salamah era cierto. Luego abandonó la casa, pero el Profeta, que se encontraba allí, la había reconocido, y siguiéndola afuera le dijo: *“Aishah, ¿cómo la encontraste?”* *“Vi en ella”,* respondió, *“una judía como cualquier otra”*. *“No digas eso”,* dijo el Profeta, *“porque ella ha abrazado el Islam y ha probado su Islam”*.

Sin embargo, Safiyyah era particularmente vulnerable entre las esposas a causa de su padre. *“¡Hija de Huyyay!”*, en sí una forma respetuosa de dirigirse a ella, podía convertirse según el tono de voz en un insulto, y en una ocasión acudió al Profeta con lágrimas en los ojos porque una de sus nuevas compañeras había intentado hacerla sentirse inferior. Dijo el Profeta: *“Diles: Mi padre es Aarón y mi tío es Moisés”*.

De todas las esposas, Safiyyah era la de edad más cercana a Aishah, incluso más que Hafsah, que tenía entonces veintidós. Esto había aumentado los temores de Aishah en un principio, pero a medida que las semanas pasaron las dos esposas más jóvenes hallaron una cierta simpatía entre sí, y Hafsah igualmente ofreció amistad a la recién llegada. *“Éramos dos grupos”,* diría Aishah años después, *“en uno Hafsah, Safiyyah, Sawdah y yo, en el otro Umm Salamah y el resto de las esposas”*.

Aisha tenía en aquel tiempo dieciséis años; en algunos aspectos era mayor para su edad mientras que en otros no. Su rostro, y casi siempre su lengua, dejaba traslucir sus sentimientos. En una ocasión el Profeta le dijo: *“Aishah, no se me oculta cuando estás enfadada conmigo, ni tampoco cuando estás contenta.”* *“¡Oh tú que me eres más querido que mi padre y mi madre!”*, dijo ella, *“¿cómo sabes eso?”* *“Cuando estás contenta”,* respondió él, *“dices a modo de juramento: ‘No, por el Señor de Muhammad (saws)’, pero cuando estás enfadada dices: ‘No, por el Señor de Abraham’.”* (Ibn Saad, VIII, 47). En otra ocasión, cuando el Profeta se presentó a ella algo más tarde de lo que ella esperaba, le dijo: *“¿Dónde has estado hasta ahora?”* *“Bonita”,* dijo el Profeta,

"he estado con Umm Salamah." "¿No te has hartado de Umm Salamah?", le preguntó Aishah, y cuando él sonrió sin responder, ella añadió: *"Enviado de Allah, háblame de ti. Si te encontraras entre las dos vertientes de un valle en una de las cuales no se hubiese pastado, mientras que en la otra sí, ¿en cuál de las dos harías pastar tus rebaños?"* "En la que no se hubiese pastado", dijo el Profeta. "Así es", dijo ella, "y yo no soy como ninguna otra de tus esposas. Todas han tenido un marido antes de ti excepto yo". El Profeta sonrió sin decir nada. (Ibn Saad, VIII, 55).

Aishah sabía bien que no podía tener al Profeta para ella sola. Ella era una mujer, y él era como veinte hombres. La Revelación había dicho de él: *"Ciertamente tu naturaleza es de una inmensa magnitud"*. Era como si él mismo fuera todo un mundo, comparable al mundo exterior y en algunos aspectos misteriosamente uno con él. Ella había notado a menudo que si se producía el retumbar del trueno, incluso en la distancia, su cara cambiaba de color; el sonido de una poderosa ráfaga de viento le afectaba igualmente de forma visible, y al menos en una ocasión en que cayó un aguacero, descubrió su cabeza, hombros y pecho y salió al exterior para poder compartir el gozo de la tierra al recibir la munificencia del cielo directamente sobre su piel.

Aishah no era menos celosa porque fuese diferente de otros hombres, pero sabía que los celos, a diferencia del amor, solamente eran para esta vida. Hablando del Paraíso, la Revelación había prometido más de una vez:

"Extirparemos el rencor que quede en sus pechos. Fluirán arroyos a sus pies. Dirán: "¡Alabado sea Alá, Que nos ha dirigido acá! No habríamos sido bien dirigidos si no nos hubiera dirigido Alá. Los enviados de nuestro Señor bien que trajeron la Verdad". Y se les llamará: "Éste es el Jardín. Lo habéis heredado en premio a vuestras obras" "
(VII, 43)

"Extirparemos el rencor que quede en sus pechos. Serán como hermanos, en lechos, unos enfrente de otros."
(XV, 47).

Un día le preguntó al Profeta: *"Enviado de Allah, ¿quiénes son tus esposas en el Paraíso?"* "Tú eres una de ellas", le respondió, y ella atesoró estas palabras durante el resto de su vida, como también estas otras que le dijo en una ocasión: *"Gabriel está aquí y te da sus saludos de Paz."* "¡La Paz sea sobre él y la Misericordia de Allah y Sus bendiciones!" había respondido ella (Ibn Saad, VII, 55).

De sus celos diría años después: *"No tenía celos de ninguna otra esposa del Profeta como los tenía de Jadiyah, debido a que constantemente la estaba mencionando y porque Allah le había comunicado la buena nueva de una mansión en el Paraíso de piedras preciosas. Y siempre que sacrificaba un cordero enviaba una buena porción a quienes habían tenido una estrecha amistad con ella. Muchas veces le dije: 'Es como si nunca hubiera habido otra mujer en el mundo, salvo Jadiyah'."* (Muhammad ibn Ismail al- Bujari, LXIII, 20).

Las percepciones y reacciones de Aishah eran sumamente rápidas. Poco después de Jaybar, o quizás un poco antes, Halah, la madre de Abu I-As, había ido de visita a Medina para ver a su hijo, a su nuera Zaynab y a su nietecilla Umamah; y un día, cuando el Profeta se encontraba en la estancia de Aishah, se escuchó un golpe en la puerta y se oyó la voz de una mujer pidiendo permiso para entrar. El Profeta se

puso pálido y tembló, e inmediatamente, adivinando la causa, Aishah se sintió abrumada por una oleada de celos y le reprendió, porque ella sabía que en la voz de Halah él había escuchado la de su hermana Jadiyah. El Profeta confirmó esto después, y dijo también que su forma de solicitar la entrada había sido igual que la de su primera esposa (Muhammad ibn Ismail al- Bujari, LXIII, 20).

Sawdah, por aquel entonces ya algo mayor, le cedió a Aishah su día con el Profeta, porque estaba segura de que esto le agradaría a él; el resto de la comunidad, incluidas las otras esposas, no tenían ninguna duda de que de las esposas entonces vivientes el Profeta amaba más a Aishah. Esto no era una simple conjetura, pues de tiempo en tiempo, uno u otro de los compañeros le hacía la pregunta: “Enviado de Allah, ¿a quién amáis más en todo el mundo?”, y aunque no siempre daba la misma respuesta a esta cuestión, ya que sentía gran amor en más de una dirección —por sus hijas y sus niños, por Ali, por Abu Bakr, por Zayd y Usamah—, a veces la contestación era Aishah, pero nunca cualquiera de las otras esposas. Por esta razón, se estaba convirtiendo en una costumbre en Medina el que si un hombre quería pedir un favor al Profeta, y le ofrecía un regalo con miras a su petición como el Corán recomendaba, retrasaba su entrega hasta que el Profeta estuviera en la estancia de Aishah, pues se suponía que se hallaría entonces más feliz y, en consecuencia, más dispuesto a conceder el favor. Esto provocó malestar en la casa del Profeta y Umm Salamah fue a verlo en nombre de las otras y en el suyo propio para pedirle que hiciese el anuncio de que cualquiera que deseara darle un presente debía hacerlo sin esperar a que le correspondiese pasar el día en una casa en concreto. El Profeta no le contestó. Ella volvió a pedírselo por segunda vez, y de nuevo él permaneció en silencio. Entonces se lo dijo por tercera vez, y él le respondió: *“No me molestes con respecto a Aishah, porque en verdad la Revelación no me viene cuando estoy bajo las sábanas de ninguna esposa, salvo si esa esposa es Aishah”*. (Muhammad ibn Ismail al- Bujari, LI, 8). Umm Salamah dijo: *“Me arrepiento ante Allah por haberte molestado”*. Sin embargo, a diferencia de Umm Salamah, otras de las esposas no se contentaron con detenerse ahí, y enviaron por Fatimah y le pidieron que interviniese en nombre de ellas y pidiese a muhammad (saws): *“Tus esposas te suplican solemnemente por Allah que les hagas justicia respecto a la hija de Abu Bakr”*. Fatimah aceptó de mala gana, pero fue aplazando el asunto durante algunos días hasta que finalmente su prima Zaynab, la hija de Yahsh, fue a verla y a insistirle. Acudió, pues, ante su padre y le comunicó lo que le habían pedido que dijera. *“Hijita mía”*, dijo el Profeta, *“¿no amas tú lo que yo amo?”*, y cuando ella asintió, prosiguió él: *“Entonces, ámala”*, refiriéndose a Aishah. Luego añadió: *“Fue Zaynab quien te envió, ¿verdad?”* *“Zaynab y las otras”*, respondió Fatimah. *“Juro”*, dijo el Profeta, *“que fue ella la que puso esto en movimiento”*. Y cuando Fatimah lo admitió, se sonrió el Profeta.

Volvió con las esposas y les contó lo que había sucedido. *“¡Hija del Enviado de Allah”*, dijeron, *“no nos has servido de nada!”*. La presionaron para que fuese una segunda vez, pero se negó; entonces le dijeron a Zaynab *“Ve tú”*, y ella se fue a ver al Profeta, quien finalmente le dijo a Aishah que hablase con ella, y Aishah le presentó argumentos contra los que Zaynab no pudo decir nada. El Profeta estaba obligado a ser justo y equitativo hacia sus esposas y a animar a otros a seguir su ejemplo. Pero él no era responsable de la equidad de otros hacia sus propias esposas, ni su sensibilidad le hubiera permitido interferir en ello. A él le correspondía recibir un presente con agradecimiento y dejar lo demás para el donante. Cuando Zaynab se hubo marchado, el Profeta le dijo a Aishah: *“Verdaderamente tú eres la hija de Abu Bakr”*. (Muhammad ibn Ismail al- Bujari, LI, 8; Ibn Saad, VIII, 123).

Los celos eran inevitables en la casa del Profeta; por su parte, él hacía todo cuanto podía para restarles importancia. Una vez entró en una habitación en la que se encontraban reunidas sus esposas y otros miembros de su familia. En su mano llevaba un collar de ónice que le acababan de dar. Mostrándoselo, dijo: *"Se lo daré a la que yo más quiero"*. Algunas de las esposas comenzaron a susurrar irónicamente entre sí: *"Se lo dará a la hija de Abu Bakr"*. Pero después de mantenerlas bastante tiempo en suspenso llamó a su nietecita Umamah y le abrochó el collar alrededor del cuello.

No era menor el amor que sentía por sus nietos, los hijos de Ali y Fatimah. *"Hasan y Husayn son a quienes más quiero de las gentes de mi casa"*, solía decir. Usamah también era considerado como un nieto, y en más de una ocasión el Profeta los tomó a él y a Hasan, cada uno de una mano, y pidió: *"Allah, yo los amo, ¡ámalos Tú!"* (Ibn Saad, IV/1, 43).